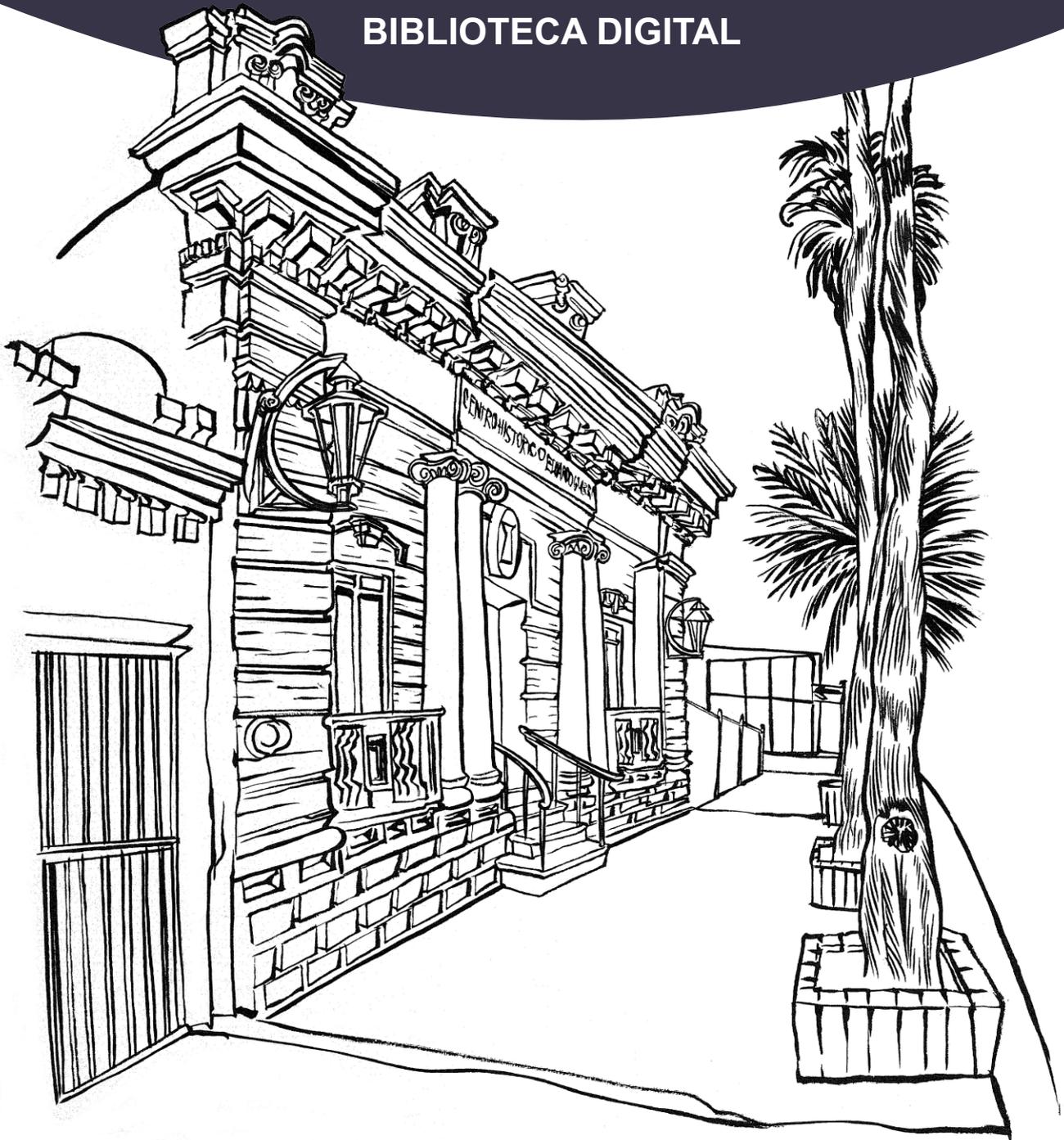




# ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.  
TEL.: (52) (871) 716-09-13

[www.torreon.gob.mx/archivo](http://www.torreon.gob.mx/archivo)

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

# *HABLA EL DESIERTO*

## LEYENDAS DE LA LAGUNA



El Siglo de Torreón

*HABLA EL DESIERTO*  
LEYENDAS DE LA LAGUNA

**El Siglo de Torreón**  
Torreón, Coah., 1997

## **Directorio de El Siglo de Torreón**

### **Fundador**

Antonio de Juambelz

### **Presidenta del Consejo de Administración**

Olga de Juambelz y Horcasitas

### **Vicepresidente del Consejo de Administración y Director General**

Lic. Antonio Irazoqui y de Juambelz

### **Gerente General**

Lic. Miguel Angel Ruelas T.

### **Subdirector**

Alfonso González Karg de Juambelz

### **Edición de la obra**

Alfonso González Karg de Juambelz

María Estela Morales Reyes

Ma. Cristina Solórzano Garibay

Ricardo Coronado Velasco

### **Corrección de estilo**

Jorge Rodríguez Pardo

### **Diseño**

Ma. Cristina Solórzano Garibay

Ricardo Coronado Velasco

### **Portada y viñetas**

Roberto Gotés Hansen

D. R. © 1997 Cia. Editora de la Laguna, S. A. de C. V.

Matamoros 1056 Pte.

Primera edición marzo 1997

Impreso y hecho en México

## PRESENTACIÓN

*Son las leyendas parte importante de la cultura de un pueblo. Conforme una comunidad avanza en el tiempo y va formando su historia, junto a ella aparecen las leyendas, sucesos extraordinarios que se transmiten de padres a hijos, de generación en generación, relatados en la misma mesa o en la reunión con los amigos, hechos inexplicables que a todos atraen por que conjugan lo real y lo mágico. Y así, al lado de la historia, siempre presentes, las leyendas son parte integral de la cultura de una comunidad.*

*Desgraciadamente, estamos viviendo una época en la que el materialismo y la ultranza nos dominan a tal grado que vamos perdiendo los valores del espíritu sin siquiera darnos cuenta de ello; tendemos a apoyarnos cada vez menos en el pasado y olvidamos tradiciones y costumbres, por eso, las leyendas corren el riesgo de desaparecer llevándose toda su riqueza cultural de tantos años.*

*La Comarca Lagunera, como toda comunidad, tiene sus propias leyendas, y **El Siglo de Torreón**, con el deseo de que sean conservadas por quienes hoy habitan este suelo y para que puedan ser conocidas por las generaciones por venir, decidió patrocinar la edición de este libro que contiene los relatos recopilados en el Primer Concurso Regional de Leyendas celebrado en la ciudad de Torreón en 1995, donde se reunieron interesantes historias realizadas por diversos autores que se dieron a la tarea de escribir lo que el pueblo transmite de viva voz. Este libro se constituye así como un valioso documento para las generaciones presentes y futuras de nuestra Comarca. Que ustedes lo disfruten.*

ANTONIO IRAZOQUI Y DE JUAMBELZ

## PRÓLOGO

*Leyenda quiere decir: “cosa que se debe leer”, sin embargo, el principio de la leyenda fue, indudablemente, oral, y así seguiría por siglos, hasta que los fenicios regalaron al mundo la escritura, cuya consecuencia lógica fueron escritores, lectores e investigadores. Estos, conquistados por el encanto de aquellas narraciones de acontecimientos increíbles, asombrosos, admirables y hasta espantosos, que para la leyenda nada tiene desperdicio, se interesaron en recogerlas y publicarlas.*

*Pero, las leyendas iniciales de todos los pueblos seguramente fueron narradas bajo cielos estrellados en los desiertos, las serranías, las llanuras. Las contarían los peregrinos que andaban haciendo camino al andar, como dijo el poeta. Al encontrarse por aquellos sitios decidirían pasar juntos la noche. Harían una fogata y, a su calor se alimentarían y, mientras llegaba el sueño se contarían mutuamente las leyendas —que ellos no sabían que lo eran— más sorprendentes de sus lejanos pueblos.*

*Durante su larga época oral, la leyenda fue fiel al fuego. Todavía a principios de este siglo en nuestras rancherías laguneras, las leyendas de la región y aún las de los sitios de donde muchos habían llegado eran contadas por los más viejos en tanto iban chupando su cigarro de hoja, y a cada chupada brillaba en la oscuridad de la noche el rojo intenso de la brasa del tabaco.*

*En la ciudad, las abuelas eran las que, particularmente en las frías noches invernales, al calor del fogón hogareño o los braseros de las cocinas se encargaban de cumplir la tradición, rodeadas de los nietos que no se cansaban de escucharlas, pues jamás eran contadas de la misma manera las leyendas.*

*El amor, el valor, el miedo, la ambición, la codicia, todas las pasiones huma-*

*nas nutren a la leyenda, que gracias a ella crece, se desarrolla, cada día mas bella, pues la leyenda es eterna.*

*Preocupado El Siglo de Torreón de rescatar de una manera segura toda esta riqueza regional, ha tenido la feliz idea de editar —de acuerdo con el jurado respectivo— las mejores leyendas aportadas por quienes concurren con ellas a la convocatoria hecha para tal efecto en su oportunidad. Aquí las tienes reunidas en las páginas siguientes y dispuestas a darte con sencillez, cada vez que tú quieras, noticias de sucesos y tiempos que no están tan muertos como creemos sino vivitos y coleando en el salvavidas de la leyenda.*

*Memoria e imaginación te esperan. Adelante.*

EMILIO HERRERA MUÑOZ

## INTRODUCCIÓN

*En enero de 1995 comenzó la aventura. El Siglo de Torreón, Corporación Multimundo y el Museo Histórico de la Ciudad Casa del Cerro lanzamos la convocatoria para el Primer Concurso Regional de Leyendas. Nos motivó el interés por conocer las historias que se cuentan en nuestros pueblos y ciudades, así como el deseo de incrementar el amor por nuestras propias raíces. Fijamos el 13 de febrero para entrega de leyendas.*

*El concurso fue recibido con entusiasmo, tal vez por que el pueblo vio en él la oportunidad de contar sus historias. Por tal razón, no nos importó el nivel literario o artístico del relato, sino el valor cultural de cada trabajo. Así, recibimos muchas leyendas de ancianos del campo que sin saber escribir, tuvieron que pedir a alguien que les escribiera su historia. De no ser por la convocatoria, leyendas admirables de nuestra Región seguramente hubieran desaparecido, sin conocer el bautismo de la letra impresa. Recibimos también participaciones de niños, jóvenes y madres de familia, la mayoría provenientes del campo de nuestra región, quienes tuvieron la oportunidad de compartir su riqueza cultural con toda la población.*

*Para ambientar el sentido legendario del concurso, la premiación se llevó a cabo en la Casa del Cerro la noche del 17 de marzo con la asistencia de 200 personas. Se otorgaron tres primeros lugares y siete menciones honoríficas. La ceremonia se transmitió en vivo por las estaciones de Corporación Multimundo; el público presente y los radioescuchas pudieron conocer las leyendas ganadoras a través de la producción radiofónica realizada especialmente para la ocasión.*

*Al poco tiempo de la premiación el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Laguna, decidió entregar a las instituciones organi-*

*zadoras del concurso el Borrego de Oro de la Cultura, en un evento donde se dio lectura a algunas leyendas ambientándolas con música y dramatizaciones. Con esta entrega el ITESM instauró un reconocimiento a impulsores regionales de la cultura que desde entonces se brindará cada año.*

*Además del interés de los participantes del concurso, nos alegró descubrir la inquietud general de la población por conocer las historias que habíamos recibido. Fue entonces cuando asumimos la responsabilidad de publicar el acervo cultural confiado a nuestras manos.*

*El Siglo de Torreón recoge la tarea de publicar este libro donde habla el desierto; y lo hace con el deseo de compartir esta riqueza que se cuenta de voz en voz en nuestras ciudades y pueblos. Dejemos pues que el desierto nos cuente sus historias.*

*A todos aquellos que decidieron  
compartir las historias que el tiempo les ha cedido.*

*Este libro es para ustedes  
por confiarnos la magia de una leyenda.*



## EL DIABLO VOLVIÓ A COLUMPIARSE

**E**N TLAHUALILO AÚN PERDURA LA leyenda surgida de un suceso extraordinario: un sismo. Aquel fenómeno telúrico —ocurrido en fecha que nadie puede precisar— fue acompañado de rugidos brotantes del fondo de la tierra, y acarreó a los lugareños un terror indescriptible.

Pasado el temblor, los habitantes persiguieron por diversos medios una respuesta difícil de encontrar —por no ser esta región sísmica—. Demandando una contestación acudieron al hombre más viejo del pueblo, que por lo mismo era el más sabio. El viejo también estaba sobrecogido de temor; su ignorancia no le daba la aclaración pedida. Bajó la cabeza quedando en profundas reflexiones, al tiempo que indagaba en su mente la respuesta apropiada. Finalmente levantó fatigado su mirada y dijo con acento grave:

—Es el Diablo, que quiere apoderarse de todos nosotros y se ha columpiado, colgado de su cola, desde la cima de la Sierra de la Campana hasta la Mesa de San Juan. Esa es la causa de los ruidos y del temblor.

El pueblo quedó sorprendido. ¿Cómo combatir al Diablo? La única manera poderosa era con la fe. Como buenos cristianos tenían la obligación de dar batalla al mal. Colocaron en la cima de los montes mencionados unas enormes cruces, que podían verse desde muchas leguas de distancia. Y luego, clavaron una cruz

precisamente a la mitad de la línea recta que va de los poblados de Rosas y Campana.

El fenómeno telúrico se repitió varias ocasiones, pero los pobladores confiaban en que tarde o temprano el Diablo, al columpiarse de su cola, habría de tropezar con alguno de los santos maderos y encontraría su exterminio.

En las fiestas religiosas mayores los vecinos organizaban peregrinaciones a lo alto de aquellos cerros. Los danzantes bailaban frenéticos sacudiendo sus sonajas y penachos al compás del monótono tambor; la gente los seguía en piadosa caminata, rezando e implorando del cielo su misericordia.

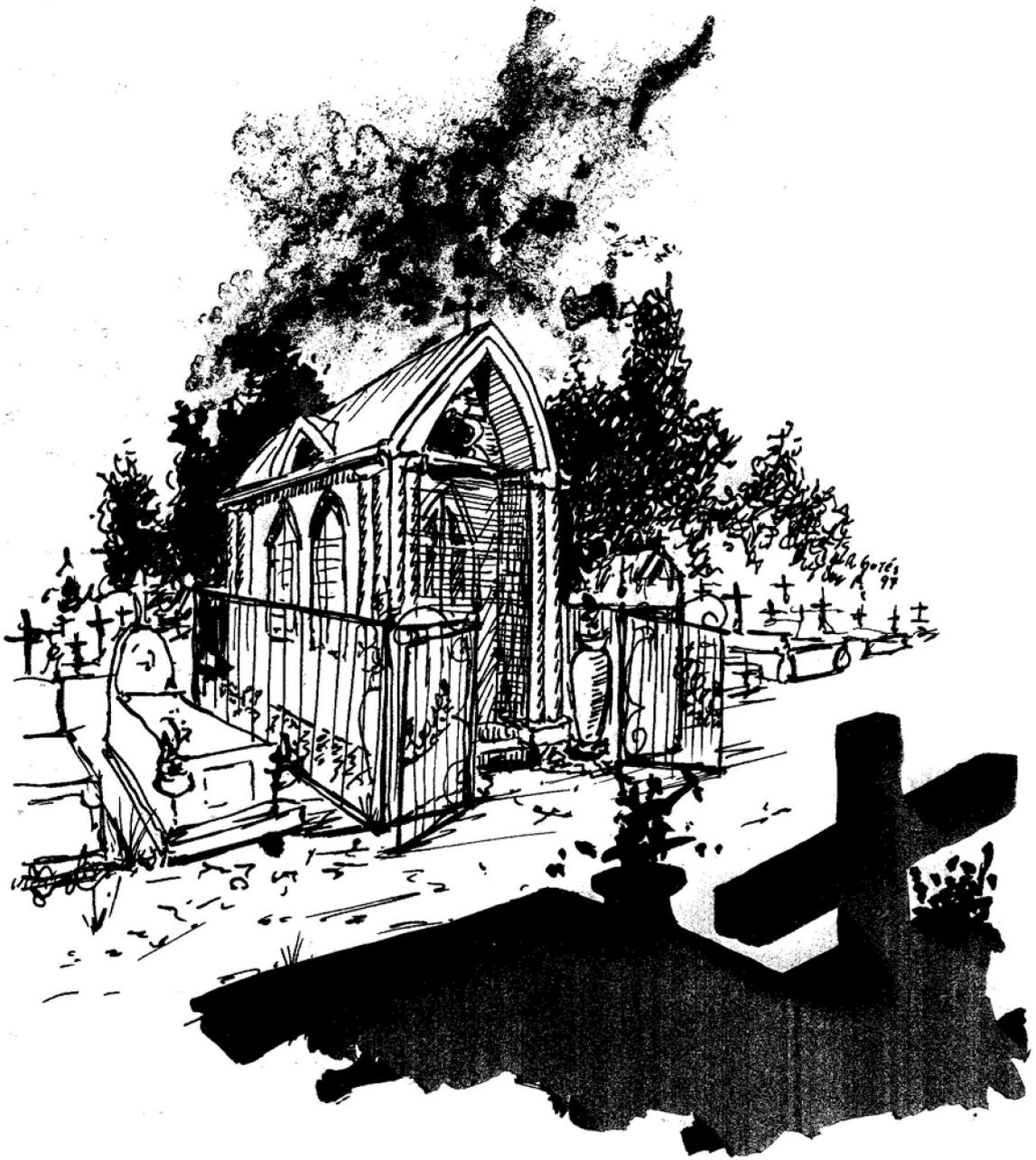
Muchos de los peregrinos velaban durante las noches de plenilunio, esperando ser testigos de cuando el Diablo, cansado de tanto columpiarse, cayera y nunca más volviera a levantarse. Para agarrar coraje los veladores hacían circular botellas de sotol y de mezcal; y para combatir la afilada hoja del frío, aquellas veladas eran cubiertas con canciones cardenches, cuyas voces desafinadas envolvían la bruma de la borrachera.

Finalmente, cercano al poblado Barcelona hubo un hundimiento de tierra, dejando un cráter de aproximadamente 150 metros de diámetro; el estruendo siguiente dejó escapar una nube de olor azufrado, como si fuera el polvo levantado tras un tropezón gigantesco y vergonzoso. Desde entonces los ruidos y trepidaciones cesaron.

¡Bendito sea el Señor! Por fin el Diablo, después de tanto columpiarse se había enredado con su misma cola y caído, dando fin a sus propias jugarretas. Aquellas peregrinaciones se convirtieron en tradición, y hasta la fecha continúan subiendo los danzantes seguidos de las gentes piadosas, pero ahora para celebrar la victo-

ria... Una victoria relativa, porque desde 1936 han proseguido esos fenómenos naturales que ahora, gracias a la ciencia podemos comprender, pero que aun así han acabado con la bonanza de otros tiempos y nos han hundido en el caos... ¿Seguirá el Diablo columpiándose?

RECOPILADOR: CARLOS RUBIO MARTÍNEZ



## ¿VUELA EL ALMA AL CIELO?

**U**N DOS DE NOVIEMBRE DE mi ya lejana infancia transcurrida en Matamoros, Coah., fui con mis padres a visitar la tumba de los abuelos. Miraba los sepulcros y hubo uno que me llamó la atención: un mausoleo erguido sobre el paisaje circundante. Observé su austera pero elegante arquitectura; vi cómo mucha gente, con respeto y devoción, depositaba en su interior ofrendas alimenticias, colocaba retablos, lo adornaba con flores, encendía ceras y colgaba *milagros*.

Era un monumento de granito blanco, frío... como ejecutando una actividad solemne con todo su conjunto de columnas adosadas, de ventanas ojivales y con su cancela metálica de guirnaldas adheridas de plateado laurel. Dos jarrones destacaban en los extremos de la fachada, que daba hacia el oriente. Sin atreverme a entrar, tras los polvosos vidrios de las ventanas vislumbré en su interior un altar, imaginando que en cualquier momento se haría visible en ese recinto de la familia Ceballos el médico de nuestra leyenda.

Se cuenta que por el año de mil novecientos... llegó a Matamoros don Juan, cabeza de una familia compuesta por tres varones y una dama. Establecieron una farmacia por la calle Niños Héroe; anexo a ella estaba el consultorio del menor de los hijos, que había estudiado medicina en Morelia. Para todos era conoci-

do como el Dr. Ceballos, hombre de presencia distinguida, siempre de traje y corbata de color oscuro; tez blanca y cabello negro y ondulado; frente despejada, un bigote fino y arreglado, nariz recta y con un porte de intelectual acentuado por sus gafas.

Caritativo y agradable, el Dr. Ceballos solía consultar gratuitamente a quienes no podían pagarle, facilitándoles además el surtido la receta; en algunos casos incluso alimentos llegaba a proporcionar. Su filantropía había dado lustre a su prestigio y ganado el respeto de toda la comunidad, llevándolo a desempeñar el cargo de médico del Municipio y a ocupar la Presidencia Municipal.

Tras una época de prosperidad sobrevino el infortunio. Transcurría 1946 cuando llegó ante el Dr. Ceballos un enfermo procedente del sur del País, atendiéndolo con el profesionalismo de siempre. El paciente regresó a su lugar de origen, pero unos pocos días después el médico sintió el piquete de un bicho: miró hacia el lugar y su rostro se transformó en una máscara de terror al descubrir un piojo blanco, portador del nefasto tifo.

El mal avanzó inexorable, teniendo el enfermo que recluirse en su casa; luego fue hospitalizado en la Clínica Torreón. Los esfuerzos de sus colegas fueron inútiles, y el primer día de mayo la noticia de su deceso corrió como reguero de pólvora por toda la





Región. Debido al tipo de enfermedad las autoridades sanitarias dispusieron su inmediato traslado al panteón de Matamoros, tomando las precauciones necesarias y tratando de hacerlo con el mayor sigilo.

Cuando el cuerpo llegaba al poblado La Joya, un nutrido grupo de personas lo esperaba para formar el cortejo fúnebre; conforme iba avanzando se hacía mayor el número de gente. Al arribar a Matamoros el conductor de la carroza no pudo continuar: una multitud le cerró el paso, obligándolo a trasladar el cuerpo hasta la iglesia de El Refugio, donde el

párroco presidió una ceremonia en medio de las lamentaciones de un pueblo profundamente adolorido.

Por la vida ejemplarmente caritativa que llevara el Dr. Ceballos, el pueblo comenzó a urdir una leyenda en la que se narran sucesos extraordinarios; son tantos, que sólo escribiré acerca de tres de ellos.

Ernestina, una muchacha de Matamoros, había ido a Torreón, en busca de trabajo; pero su viaje fue infructuoso. De regreso, en el autobús se encomendó al espíritu del Dr. Ceballos, pidiéndole su auxilio. Por equivocación se bajó del autobús una cuadra antes, precisamente frente a la Farmacia Ceballos, atendida entonces por la hermana del difunto. Al ver a Ernestina la señorita Ceballos la llamó y le ofreció el puesto de cajera.



Poco después la misma muchacha soñó que la aquejaba un fuerte dolor y que el Dr. Ceballos le recetaba cierta medicina.

Al día siguiente fue a visitar a una de sus hermanas, encontrándola presa de fuertes dolores, como los que ella había soñado pocas horas antes. Fue a la Farmacia y le contó lo sucedido a la Srita. Ceballos; buscaron afanosamente el medicamento, pero no lo encontraron. De pronto, Ernestina recordó un viejo mostrador que estaba en el patio, fue a él y en un cajón encontró el medicamento prescrito durante el sueño. La her-

mana lo tomó y los dolores desaparecieron.

Otro caso insólito sucedió a la hija de una señora llamada Antonia. La niña estaba gravemente enferma, y por una necesidad urgente hubo que dejarla sola, con gran preocupación de la madre. Poco después llegó presurosa la señora Antonia para ver cómo seguía su hija, quedándose estupefacta al verla, no sólo con el conocimiento recobrado, sino mostrando una notable mejoría. La sorprendida madre le preguntó qué había pasado, y su asombro fue mayor cuando la niña le contó que había ido a verla el Dr. Ceballos... luego de mucho tiempo de haber muerto.

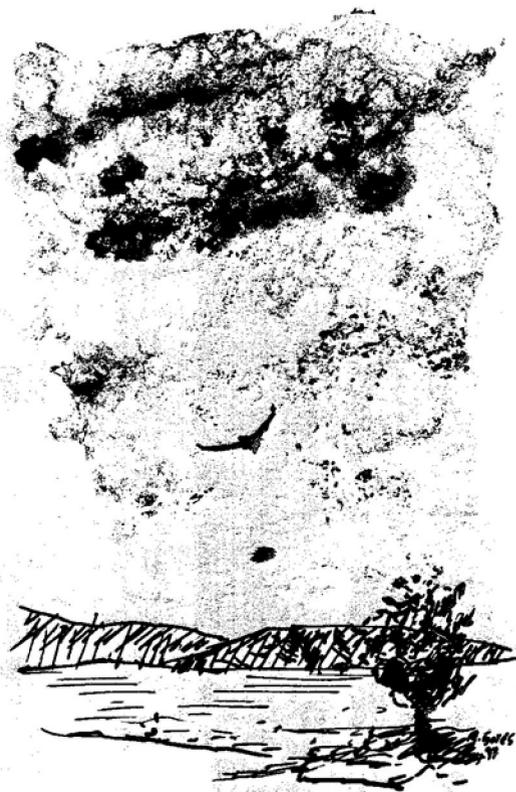
Algo similar le sucedió a una joven del ejido Santo Tomás, quien había pasado una noche en agonía tras una larga enfermedad. Al día siguiente, la joven recobró la lucidez y les dijo que

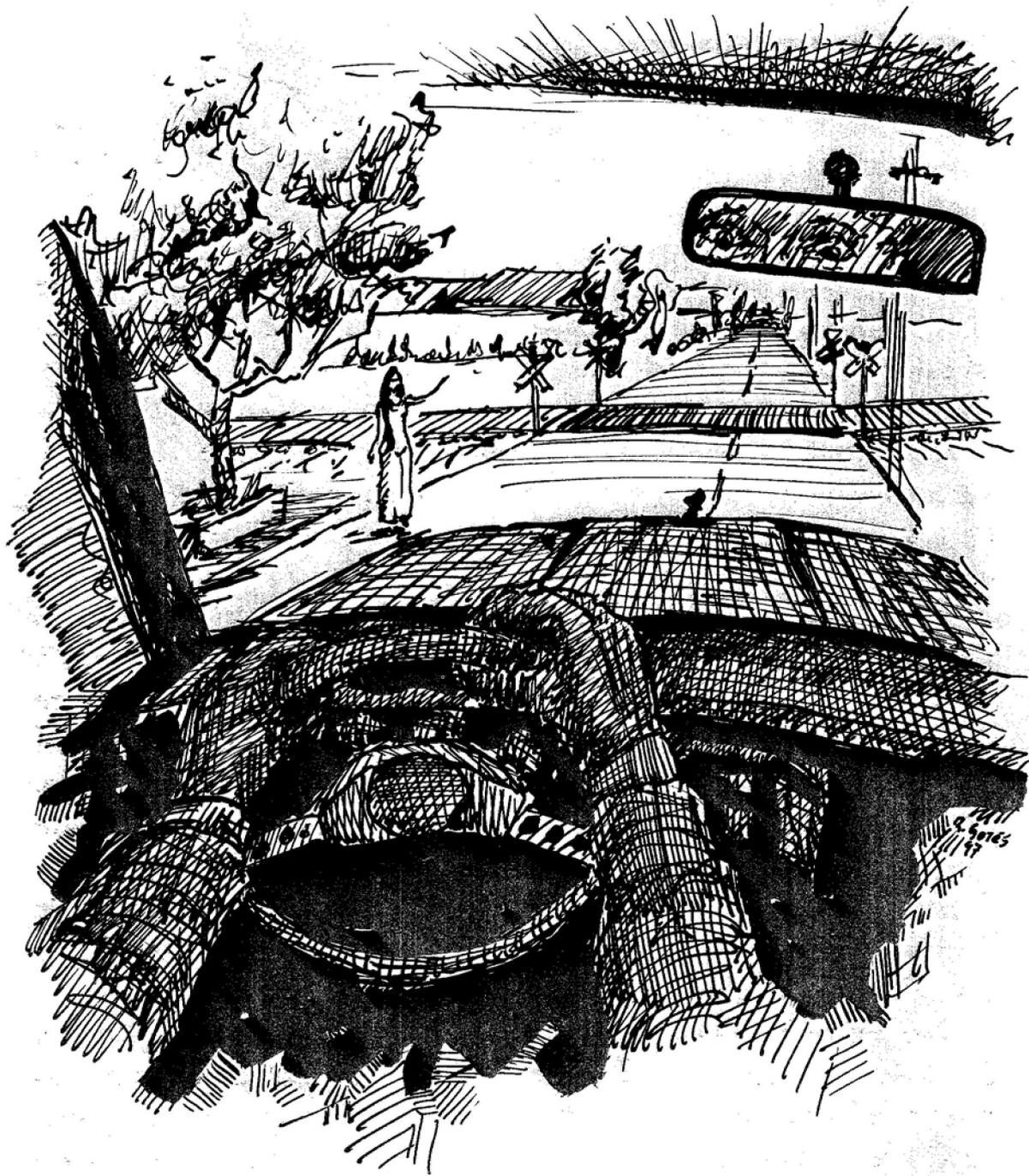
había ido a verla el Dr. Ceballos, recetándole el medicamento apropiado. Los familiares, escépticos, no le creyeron; pero cuál no sería su sorpresa cuando la joven sacó debajo de su almohada la receta escrita. Los familiares surtieron y aplicaron la medicina y ante el asombro y felicidad, vieron cómo la joven se recuperaba, después de haber sido desahuciada.

El alba va apareciendo en el horizonte, dejo mi estudio y mis ojos se topan con un libro de Bécquer; no puedo menos que recordar sus versos:

«¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es vil materia, podredumbre y cieno?  
No sé, pero hay algo que explicar no puedo,  
que al par nos infunde repugnancia y duelo,  
al dejar tan solos... tan tristes... los muertos».

RECOPILADOR: RUBÉN RODRÍGUEZ GARCÍA





## EL FANTASMA DEL 11-40

**L**A CARRETERA QUE UNE A las tres ciudades hermanas de Torreón, Gómez Palacio y Lerdo, tenía un cruceo de ferrocarril precisamente donde hoy se encuentra el kilómetro 1,140, que nosotros familiarmente llamamos *el 11-40*.

Ese cruceo fue sumamente peligroso durante muchos años. Ruta de mucho tráfico automotriz en la cual no faltaron los «intrépidos» que quisieron ganarle el paso al ferrocarril, con funestas consecuencias.

El origen de la presente leyenda se remonta a la década de los treinta, cuando sucedieron dos accidentes que conmovieron a toda la comunidad. Uno de ellos, el de una familia al regresar de un festejo en el Centro Campestre Lagunero; la embestidura del tren produjo el fallecimiento de todos los ocupantes del vehículo, entre quienes se encontraba una agraciada señorita hermana de famoso pelotero de aquellos años.

Otro hecho similar fue cuando perdió la vida una señorita de origen judío, conocida en los altos círculos sociales y dueña de una cuantiosa fortuna.

No pasó mucho tiempo para que corriera el rumor de que en el 11-40 se aparecía el fantasma de una joven mujer, de rostro muy pálido y cabellera castaña que le llegaba casi hasta la cintura. Su vestido era blanco, con el faldón hasta los pies, propio para

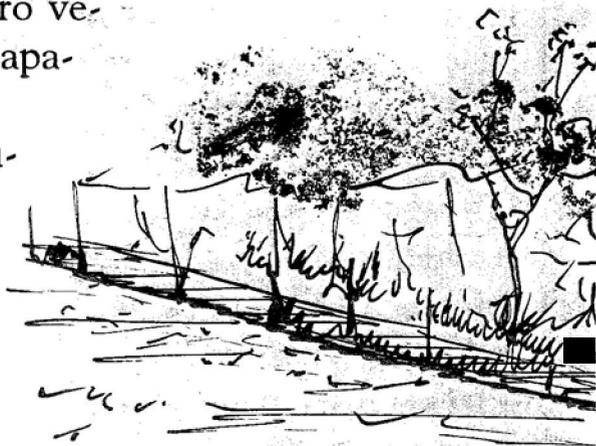
ceremonias o grandes festejos.

Quienes la han visto cuentan que parece caminar lentamente, y que a veces aparenta flotar de un lado a otro para luego detenerse a la vera del camino, haciendo señas a los automovilistas pidiendo llevarla; por lo general esa petición siempre es cuando se viene de Gómez a Torreón.

Debido a la gran cantidad de percances con el ferrocarril, fue tomada la inteligente decisión de construir un paso a desnivel; a pesar de ello el fantasma se sigue apareciendo. Un taxista relató a los periódicos locales su terrible experiencia, ocurrida en los años cincuenta.

Cuenta el trabajador del volante que viniendo de Gómez, cuando se aproximaba al desnivel referido vio una persona haciéndole señales; al acercarse se percató de que era una mujer joven con un vestido largo y blanco; recordando el rumor tan extendido, le llegó cierto miedo y aceleró su automóvil. Creyendo haber pasado a la mujer miró por el espejo retrovisor, helándosele la sangre al ver que en el asiento trasero venía como pasajera la espectral aparición.

Fue una suerte que no hubiese salido del camino, pero casi perdió el conocimiento por la impresión. La joven acompañante le sonrió en forma macabra y



desapareció. El impacto fue tan tremendo, que el taxista se enfermó muy seriamente.

Quien esto escribe conoce desde su juventud los «decires» sobre el fantasma de la bella mujer, por lo que nunca se ha arriesgado a pasar por allí después de ponerse el sol. Verdad o mentira, la leyenda del fantasma del 11-40 sigue viva. Si usted lo duda... atrévase a venir de Gómez después de la medianoche.

RECOPILADOR:  
MARIO SERGIO  
MIJARES GÓMEZ





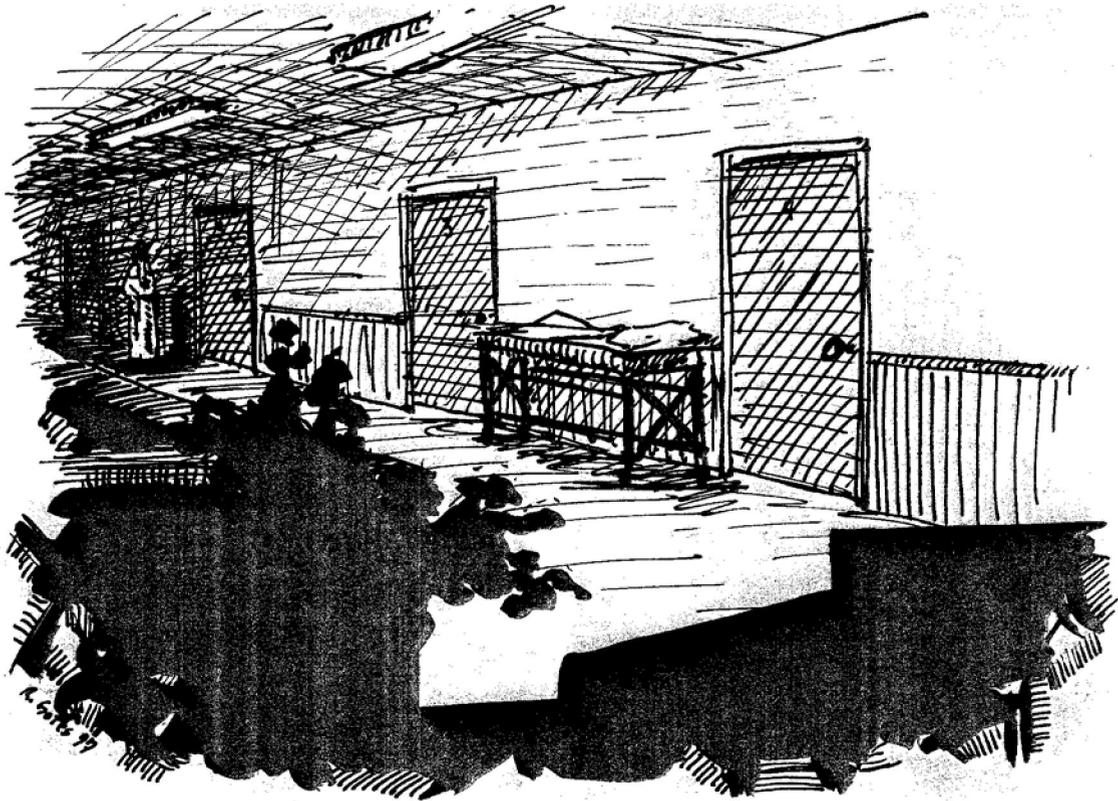
## ÁNGEL DE BONDAD

**P**OR MUY MODERNOS QUE SEAN, los hospitales nunca han sido lugares agradables. Y menos aún en años pasados, en que su arquitectura parecía diseñada por el argumentista de alguna película de horror. Así era, más o menos, el Hospital General de Torreón durante los años 30, década de optimismo en que se realizó el reparto de tierras y no había presas para contener al caudaloso Nilo Lagunero, que enriquecía con sus aguas y su limo las miles de hectáreas de donde brotaba el codiciado *oro blanco*.

Ese viejo Hospital —ubicado donde actualmente se encuentra el Hospital Universitario— tenía una arquitectura austera. Contaba con dos alas de cuartos, una en el lado oriente y la otra en el poniente. Al fondo estaban las recámaras de las abnegadas enfermeras, que eran empíricas, pues no había escuela de enfermería; los médicos eran hombres de verdadera vocación que no tenían su «horario de oficina».

En el ala poniente se instalaba a los enfermos de cirugía, ginecología y medicina interna; la oriente estaba destinada a los enfermos contagiosos, sección conocida como «ala de los tuberculosos», o como despectivamente se les llamaba: *tísicos*.

El Hospital tenía —como siempre— muchas carencias: las camas eran viejas, igual que las sábanas percutidas de tanto uso;



los jabones no quitaban por completo la sangre o las manchas de los desechos propios de algunos enfermos (puesto que no había detergente en ese tiempo).

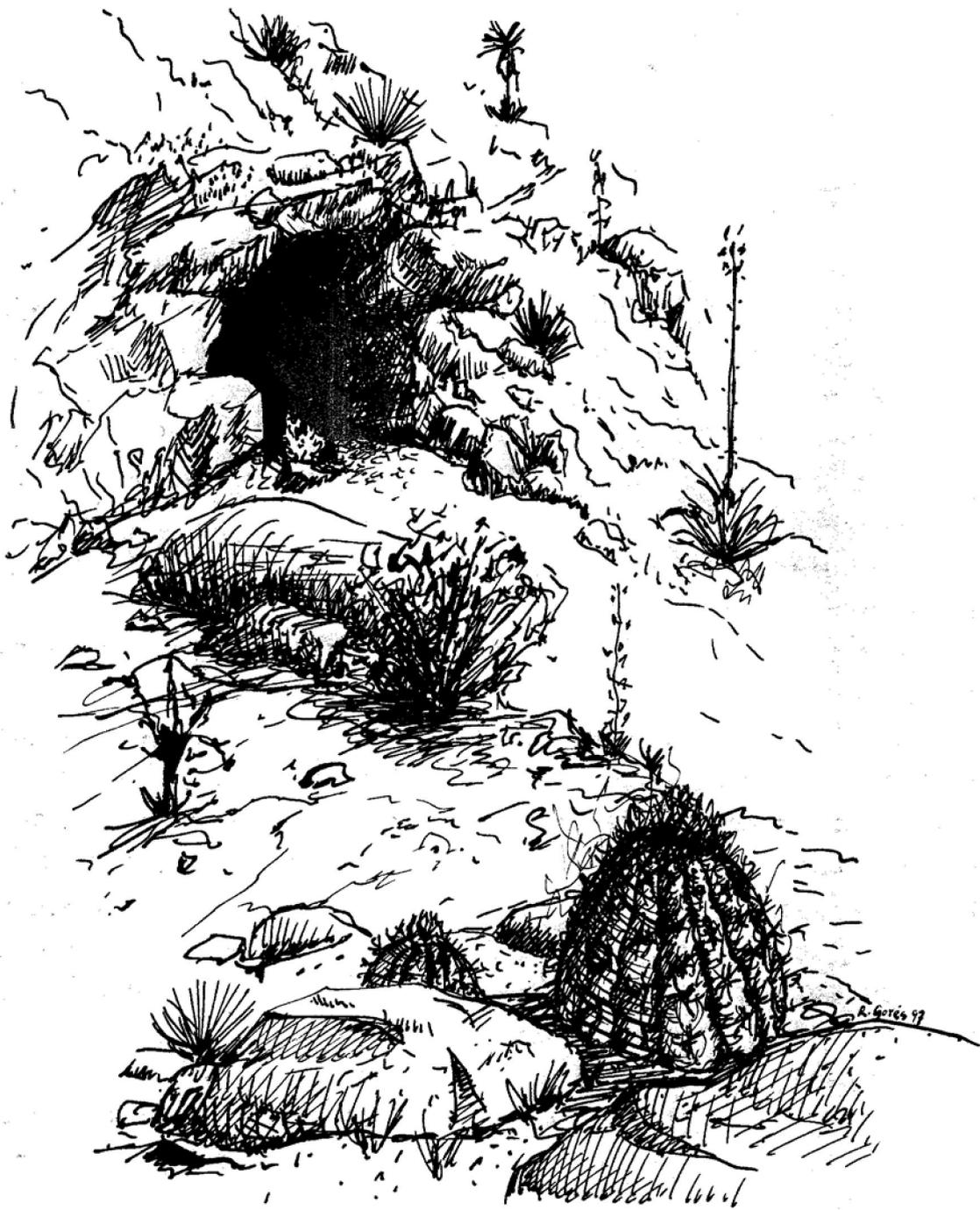
Varios testigos cuentan que había una monja menudita de cuerpo, de caminar suave, que más que caminar parecía deslizarse sobre el piso. Cuando las enfermeras del relevo nocturno dormitaban, la presencia de la monjita era un callado reproche por no respetar su vigilia. Hubo ocasiones en que alguna enfermera tardaba en ir a administrar el medicamento a su paciente, y cuando llegaba con éste, le decía que ya *la madrecita* se lo había dado. Las enfermeras se preguntaban *¿a qué hora?*, o *¿qué monja había sido?* Cuando alguien intentaba seguirla para hablar con ella, desaparecía misteriosamente. Cuando cualquier enfermera tenía problemas con algún enfermo la monja le aconsejaba, y cuando la



enfermera se volvía para agradecer el atinado consejo, la monja había desaparecido.

Cabe señalar que nadie nunca le vio el rostro. Así nació la leyenda de «La monja del Hospital Civil», negada por muchos, creída por otros y temida por algunos otros. ¿Quién era aquel ángel de bondad? Nadie supo o pudo constatar nada. Las religiosas aseguraban que ninguna de ellas hacía ronda nocturna. ¿Existió o no la monja del Hospital? Nadie puede asegurarlo. Lo único que puedo decir es que una monja de albo hábito aún es vista en pleno 1995, recorriendo todos los rincones del Hospital Universitario, que antes fuese el Hospital Civil. Tal vez usted la haya visto... y tal vez hasta haya sido atendido por ella.

RECOPILADOR: MANUEL ESTRADA QUEZADA



## LA CUEVA ENCANTADA

**C**UENTA DON CELSO CORTINA DE un tío suyo llamado Prisciliano Serrano —muerto en 1960 a una edad que sobrepasaba el siglo—, quien protagonizó hace muchos años el suceso que ahora se narra, junto a un hombre conocido por todos como *Tata Mateo* en la Hacienda Providencia, del municipio de Tlahualilo, Dgo.,

En cierta ocasión le preguntó Tata Mateo a Prisciliano si estaba interesado en ir por unos «centavitos».

—¿Tiene centavos?— preguntó Prisciliano un tanto escéptico, al tiempo que recibía una respuesta afirmativa.

Prisciliano era un buen jarciero, por lo que no le costó trabajo elaborar un morral fuerte para traer su cargamento. Caminando unos cuantos kilómetros hacia el oriente encontraron la entrada de una cueva, de cuyo interior manaba un viento y hacía sentir la presencia de algo sobrenatural. Sería el mediodía cuando entraron. Después de acostumbrados los ojos a la oscuridad Tata Mateo empezó a escarbar en un rincón; pero de pronto suspendió su trabajo y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Quítamelo, quítamelo..! ¡Me está ahorcando!

Tata Mateo se movía desesperadamente, como quitándose una persona de encima. Prisciliano estaba estupefacto, inmóvil. Finalmente Tata Mateo se quedó quieto, y jadeante le dijo:

—Míralo, ya se fue... !Allá va!

Prisciliano no vio nada, mientras Tata Mateo volvía afanosamente a su quehacer de cavar. Sacó pedazos de fierro y de cadenas; finalmente exclamó:

—¡Aquí están!

Decía Prisciliano que encontraron unas monedotas cuadradas y brillantes. Tata Mateo le pidió el morral y comenzó a llenarlo con aquel tesoro. Una vez lleno le dijo:

—Ahora ya vete, al rato te alcanzo mientras saco mi parte.

Y luego con voz grave añadió:

—Si oyes algún ruido o escuchas que te hablan no vayas a voltear, no hagas caso. Ni siquiera levantes la vista: tú sigue tu camino como si nada.

Prisciliano salió de la cueva con el pesado morral lleno de aquellas brillantes monedas. Poco después escuchó un tropel de caballos a su espalda, pero no se volvió. Luego oyó que le gritaban:

—Todo o nada.

Eran varios hombres, que lo alcanzaron y rodearon. Prisciliano los miró: todos tenían una expresión aterradora. Algunos desenfundaron sables y otros le apuntaron con rifles, al mismo tiempo que repetían su advertencia. Prisciliano permanecía inmóvil, sin pronunciar palabra y de pronto, sin una razón, el cordón que sujetaba el morral al hombro se rompió y cayó sobre unas lechuguillas. En ese momento los jinetes se retiraron.

Prisciliano trató de recuperar el ánimo para seguir adelante; miró de reojo, sin ver a nadie. Comenzó a caminar sintiendo que el corazón le latía aceleradamente. Después giró la cabeza para averiguar si ya venía Tata Mateo, pero no lo vio. Grande fue su sorpresa al darse cuenta que tampoco estaba la boca de la cueva,

y sólo rocas había en su lugar. Llegó al poblado sin decir nada a nadie, puesto que no quería ser el hazmerreír de sus amigos.

Unos días después se encontró con Tata Mateo.

—Quihubo, ¿por qué me dejaste?— fue el reclamo sonriente del anciano.

Prisciliano le dijo que había seguido sus instrucciones.

—Bueno, cuando menos trajiste tus centavitos— dijo Tata Mateo.

—¿Cuáles?— espetó Prisciliano—. Me salieron unos de a caballo y me rodearon amenazándome con sus armas. Nada más me decían «todo o nada». El morral se me cayó y ellos se fueron. Lo único que yo quería era llegar al pueblo.

—Te advertí que no hicieras caso. Yo sí traje los míos, pero no hice caso de nada— contestó Tata Mateo.

—Pero si yo miré a ver si usted venía y no lo vi; ni siquiera estaba la cueva.

—¡Ah..! Es que en ese momento se cerró. La cueva nomás se abre cada doce horas y tuve que quedarme hasta la medianoche para que volviera a abrirse y poder salir. Anda, ve y recoge tu morral con los centavitos— fue la respuesta insistente de Tata Mateo.

Prisciliano se armó de valor y fue al lugar, encontrando el morral lleno de piedras. Regresó desilusionado. Cuando llegó a platicar lo sucedido la mayoría no le creyó, o sencillamente le decían que lo había soñado.

Todavía se habla de la cueva y de la advertencia: Todo o nada,. Si usted ha ido a buscarla y no la ha encontrado, tal vez sea por no haber estado a la hora exacta.

RECOPILADOR: HORACIO OMAR BRIANO MARTÍNEZ



## EL FANTASMA DEL CURRO

C UENTAN LOS ANCIANOS DE CIUDAD Juárez, Dgo., que durante muchos años en la casa grande llamada La Floreña se aparecía el fantasma de un hombre elegantemente vestido de negro. Algunos aseguran que se trataba del alma en pena del rico hacendado Juan Francisco Flores y Quíjar, heredero de la cuantiosa fortuna en metálico y de las haciendas San Carlos, San Juan de Casta y San Juan de Avilés —hoy Ciudad Juárez— que le dejara su padre Juan Nepomuceno Flores. Es sabido que aunque no legalmente, los peones también formaban parte de las haciendas.

En su juventud Juan Francisco fue un hombre apuesto, alto, de piel blanca, nariz aguileña, bigote y piocha, tal como aparece en el cuadro que aún está en la parroquia. Los descendientes de quienes lo conocieron afirman que era un hombre solitario, avaro y despótico, y que llegó a vivir más de setenta años. Su residencia estaba en La Floreña, teniendo en el centro de su recámara un toro disecado que, según la leyenda, estaba lleno de monedas de oro.

Algunos cuentan que la riqueza de Juan Francisco se incrementó al haberle vendido su alma al Diablo. Otros aseguran que de Peñón Blanco y de San José de Ramos le llegaban carros y burros cargados de monedas, las cuales escondían en el interior

de quesos. Los empleados de confianza sabían que bajo el piso de la casa grande, franqueando una puerta secreta, se extendía una serie de túneles a donde se llegaba por una escalera de caracol. Existía una gruta —a la que accedían los sirvientes desnudos y con los ojos vendados— donde el dinero que se paleaba llegaba al metro de altura. A pesar de lo anterior, Juan Francisco se quejaba de su pobreza:

—Amanecí más pobre que tú Juanito. Acompaña a Chona para que le pida jocoque a la gente, y cabritos, y lo que tengan por ahí, porque yo no tengo dinero. También dile al carnicero Nicolás que me regale pulpa de res.

Juan Francisco no gastaba un centavo en nada. Cuando murió, sin haberse casado, heredó su fortuna a su sobrino Javier Icaza. El sobrino vendió las haciendas a don Feliciano Cobián. Después de la Revolución, La Floreña fue acondicionada como escuela. Los maestros y alumnos de la época aseguraban que en su salón —antigua recámara de Juan Francisco— veían a un hombre alto, apuesto, vestido elegantemente de negro y con guantes blancos. Los alumnos le hablaban, pero él nunca contestaba; al ver que desaparecía en algún rincón de la propiedad, los niños sentían que el corazón se les salía por la boca.

Posteriormente la escuela fue habilitada como casa. Quienes allí vivieron nunca permanecieron mucho tiempo: las puertas abriéndose y cerrándose sin razón aparente, y el fantasma de un *curro* vagando por todo el terreno, eran lo cotidiano para los inquilinos en turno.

Varias personas dicen haberse encontrado al fantasma sentado en una de las bancas de la plaza, preguntándoles:

—¿Ya encontraron el tesoro..? ¡Hay un túnel de la casa gran-

de hasta aquí!

Presas del terror, quienes lo llegaban a escuchar tomaban instantáneo refugio en la velocidad de sus piernas. También cuentan que frente a la plaza estableció su tienda un señor llamado Anastacio, quien con su don de gentes había ganado mucha clientela. Cierta noche llegó ante don Anastacio un hombre alto y bien vestido, diciéndole:

—Veo que eres un hombre de empresa y deseo ayudarte. Acompáñame: tengo un dinero aquí enfrente.

Don Anastacio siguió al Curro sin sentir miedo; al estar frente al kiosco éste le dijo:

—¿Sabes que hay un túnel de aquí a la casa grande?

Sin esperar respuesta prosiguió su camino hacia La Floreña, siendo allí donde don Anastacio comenzó a experimentar miedo. Al abrir la puerta de la propiedad el hombre desapareció en la nada; don Anastacio se quedó petrificado. Cuando regresó a su casa, su cordura ya no existía. Durante poco tiempo pudo seguir trabajando, más mal que bien, y finalmente murió. Un testigo dijo haber visto que en sus últimos momentos don Anastacio era mantenido atado a la cama; en ocasiones levantaba la cabeza y mostraba en su rostro una expresión de terrible espanto y gritaba:

—¡El Diablo! ¡El Diablo!

Esas fueron sus últimas palabras. ¿Aún estará el tesoro en esos túneles bajo La Floreña? Usted decide si se atreve a buscar el tesoro del Curro.

RECOPILADOR: GUILLERMO MORENO MARTÍNEZ



## LOS PERROS CAMINO A LA POLVORERA

**A** PRINCIPIOS DE SIGLO, ALLÁ POR 1908, en el barrio de La Polvorera vivió don Mariano Rodríguez con su segunda esposa, Margarita, y sus dos hijas: Antonia y Felicitas. Su vivienda era humilde, un jacal de barro y carrizo. Don Marianito —que así le llamaban cariñosamente— era un hombre honrado y trabajador que se ganaba la vida tocando la guitarra, lo cual hacía bastante bien. Su área de trabajo eran los rumbos de La Alianza, donde abundaban las cantinuchas y los prostíbulos. El horario en que desempeñaba su trabajo era nocturno, y cuando ya no había clientes por alegrar o decepcionados a quienes consolar con su música, regresaba al barrio de La Polvorera, que en aquellos años estaba alejado y rodeado de maleza y arbustos como gobernadora, y árboles como huizaches y mezquites.

Cierta madrugada en que regresaba a su casa por aquellas solitarias veredas aparecieron frente a él dos enormes perros: uno de color blanco y el otro amarillo. Don Marianito levantó una vara con el propósito de espantarlos, pero los canes no se alejaron ni lo atacaron; simplemente le impidieron el paso, como si trataran de llevarlo a la falda del cerro, por donde pasaba un arroyo. Los perros siguieron en aquella actitud, hasta que finalmente subieron a la cima del cerro.

Don Marianito le platicó a su mujer lo sucedido, pero Marga-

rita le miró con escepticismo y no le creyó, a pesar de la insistencia del marido. Durante varias noches se repitió la escena: los perros cerrándole el paso y tratando de encaminarlo hacia el cerro; al mismo tiempo, el hombre le seguía platicando a su mujer aquel hecho, pero ella continuaba sin creerle, hasta que finalmente le dijo:

—Mira, ahora cuando regreses y veas a los perros enciende un cerillo y lo mueves en círculos para saber que eres tú; yo haré lo mismo y caminaré a encontrarte para ver esos animales.

Cuando don Marianito terminó la jornada y regresaba a casa su mujer lo esperaba.

—¿Por qué no encendiste el cerillo?— le preguntó.

—Es que no se aparecieron los perros— contestó don Marianito con cierto dejo de decepción en su voz.

—Lo que pasa es que han sido figuraciones tuyas— dijo Margarita.

El pobre hombre quedó meditabundo. Luego le pidió a su mujer que lo acompañara tomándose un jarro de café. Sentados junto a la puerta del jacal, de repente un ruido extraño les hizo volver la mirada al cerro: vieron un objeto despeñándose y que llegó a detenerse a la orilla del arroyo, precisamente frente a donde estaban ellos. Era una piedra de forma cúbica, semejante a un cofre. Margarita, sorprendida por el suceso, propuso a su marido que fueran a investigar de qué se trataba, argumentando que tal vez fuera un favor de Dios. Don Marianito, hombre sereno y fervoroso creyente, sabía que sólo con el esfuerzo del trabajo se pueden lograr beneficios para la familia. Poco después entraron a dormir. Margarita no pudo conciliar el sueño, y de vez en cuando se asomaba para ver la piedra.

A la mañana siguiente ella fue la primera en levantarse, llevándose la sorpresa de ver que la piedra había desaparecido. Para ganar un poco más de dinero don Marianito —que tenía el don de tocar varios instrumentos—, daba clases de música a varios muchachos. En uno de los descansos de la clase el hombre aquel platicó a sus alumnos lo sucedido la noche anterior. Esa curiosidad propia de la juventud les hizo animar a don Marianito para salir a investigar. Tomaron palos y varas, y se fueron picando entre las rocas para ver si hallaban algo; finalmente llegaron a la cima, donde encontraron un hueco cúbico perfecto con la misma forma de la piedra despeñada. Al asomarse vieron que estaba casi lleno de guijarros muy finos, pero al examinarlos se quedaron estupefactos, ya que descubrieron que se trataba de oro y plata. Don Marianito levantó los ojos al cielo en una silenciosa plegaria de agradecimiento; después pensó en los perros... uno blanco y el otro amarillo.

RECOPILADOR: EFRAÍN GONZÁLEZ HERNÁNDEZ



## LA IGLESIA Y LAS DOCE CAMPANADAS

**E**STA LEYENDA AÚN SE ESCUCHA entre los pobladores del Ejido Campana, municipio de Tlahualilo, Dgo. Todo comenzó en 1957, y según cuentan los lugareños, en ese tiempo gobernaba el Diablo.

Un extraño fenómeno sucedía: todas las noches, a las doce se escuchaban doce campanadas. Los habitantes del Ejido salían asustados y curiosos, puesto que no tenían campanario; sin embargo las campanadas podían escucharse claramente provenientes del cerro cercano. Aquello tenía intrigados y asustados a los vecinos, pues todos los días, en punto de las doce, volvían a percibirse una tras otra las campanadas.

En una ocasión un hombre de 42 años, José Albino, no podía conciliar el sueño. Esa noche la doceava campanada sonó especialmente estruendosa, por lo que la gente comenzó a salir de su casa. José Albino fue el primero en advertir una hermosa cruz de piedra en la cima del cerro, que todos los lugareños admiraron absortos durante el resto de la noche.

Casi al amanecer regresaron a sus casas, excepto José Albino que seguía contemplando la cruz como si estuviese hipnotizado. Una fuerza interior le hizo subir al cerro, pero al llegar a la cruz un fuerte viento se desató levantando remolinos de tierra y papeles. Uno de esos papeles cayó a los pies de José Albino, quien sin

darle importancia continuó arrobado en la contemplación de la cruz, hasta que otra ráfaga levantó el papel y lo dejó frente a él. Al tomar el papel un miedo intenso le invadió y salió corriendo, pero escuchó una voz que le decía:

—¡Léelo!

Aquella voz sonaba potente. José Albino levantó el papel con mano trémula y leyó; al terminar, una nueva ráfaga de viento lo arrebató de sus manos. Con paso cansino y el rostro demudado José Albino regresó al poblado. Una señora quedó sorprendida al observar aquella expresión rara en la faz de José Albino.

—Dígales a todos que quiero hablar con ellos... que vengan. Es muy importante lo que tengo que comunicarles— dijo José Albino con voz grave.

La mujer, asustada por su semblante, fue casa por casa. Al poco tiempo todos estaban reunidos frente a él.

—Esas doce campanadas —comenzó diciendo José Albino— se escuchan como una señal para decirnos que en la cima hay una iglesia encantada, que es muy grande y está llena de valiosos objetos en oro y piedras preciosas. En 1956 unos indios hechiceros, haciendo uso de sus artes mágicas, encantaron la iglesia y nadie puede verla, pero allí está. Sé cómo terminar con el encanto: es necesario que una parturienta dé a luz a su primogénito en el cerro, en punto de las doce de la noche. Pero primero hay que encontrar la puerta...

José Albino se quedó callado. Con el rostro pálido, se le veía sumamente fatigado. Los vecinos del lugar lo cargaron para llevarlo al médico; sin embargo en el camino murió. Esa noche lo velaron y al día siguiente fue sepultado en el panteón del Ejido Campana. Este suceso aún sigue fresco en la memoria de quienes

fueron testigos. Las campanadas dejaron de escucharse y hasta la fecha no ha habido mujer alguna que se haya animado a dar a luz en la cima del cerro a medianoche.

*RECOPILADOR: BLANCA CECILIA DÁVILA CORRE*



## JESÚS SOLÍS «EL CIEGO»

**A** LA MITAD DEL CAMINO ENTRE Santa Elena y El Triángulo hay un lugar conocido como Las Víboras. Cerca de ahí vivía, en 1946, un joven de quince años, noble y sencillo, cacarizo y ciego a causa de la viruela.

A pesar de su ceguera Jesús era autosuficiente. El oído, el olfato y el tacto se le habían agudizado, permitiéndole realizar tareas dificultosas. Cierta noche Jesús descansaba tranquilamente cuando escuchó una voz que no pudo identificar; voz que además le sonaba muy diferente a todas las conocidas. Esa voz le dijo que debía desenterrar unos huesos en Las Víboras y darles cristiana sepultura en el panteón; a cambio recibiría un cofre lleno de monedas de oro.

Jesús tuvo mucho miedo; trató de pensar que en realidad todo era una mala broma de alguna gente conocida. Las dos noches siguientes volvió a darse el suceso, por lo cual le platicó a su padre lo que estaba ocurriendo. El hombre no tenía por qué dudar de la palabra de su hijo y se ofreció a acompañarlo en la aventura, pero Jesús se negó: la voz le ordenaba que debía encaminarse solo.

Armado de valor Jesús salió una noche de su casa. Con la guía de la voz extraña llegó al lugar donde estaban enterradas las osamentas de dos niños y una mujer. Jesús comenzó a excavar,

cuando de pronto la voz le dijo en qué dirección podía encontrar el cofre. En efecto, Jesús siguió las instrucciones y tocó el cofre con el oro, pero la voz le advirtió que sólo podría tomar posesión de él cuando la labor hubiese sido cumplida. Como si se evaporara, el cofre desapareció de sus manos.

Varias noches le llevó a Jesús sacar todos los huesos. La voz le dijo que cuando encontrara una cruz de lámina, sería señal de que ya estaban todos reunidos. De vez en cuando las manos de Jesús tocaban el cofre, pero sentía que este se hundía sin poder detenerlo. Era casi mediodía cuando recogió los huesos y se encaminó al panteón para sepultarlos, procurando evitar el encuentro con alguien que pudiera verlos., No obstante, permitió a un amigo suyo darles un vistazo.

Algo extraño le pasó. Aquel camino tan familiar ahora le presentaba dificultades en la llegada al camposanto, encontrándose obstáculos que no conocía. Sepultó su carga como se le había pedido.

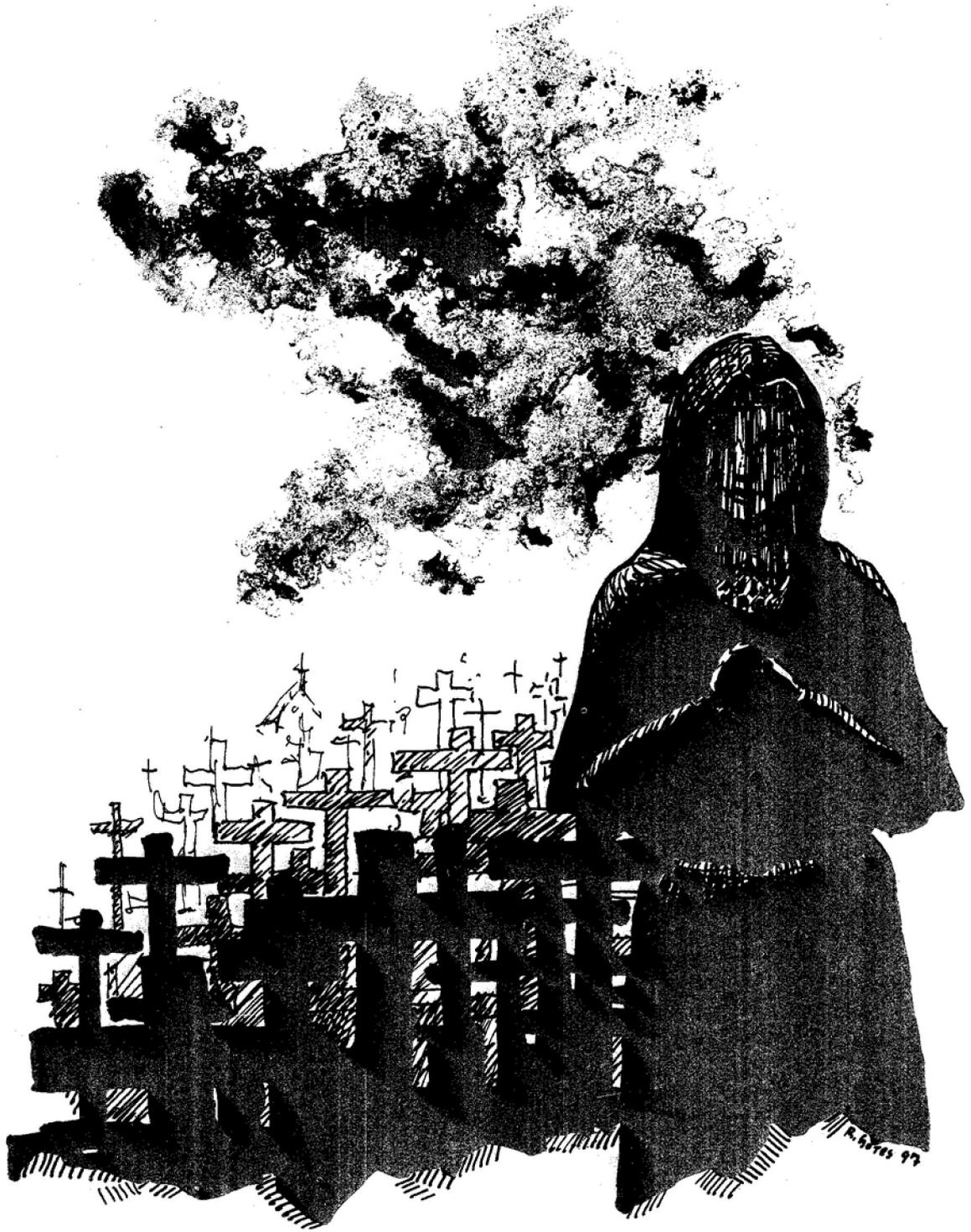
Por la noche Jesús se dirigió a Las Víboras, pensando recoger la recompensa prometida. Llegó al lugar preciso donde antes estaba el cofre, encontrándose entonces sólo trapos viejos. Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda al escuchar una voz no era la de la petición original. Era diferente y sonaba a burla, a veces airada y como de ultratumba. Le decía que ese tesoro era propiedad de Pedro Barbosa.

Durante varias noches Jesús trató de convencer a la voz recordándole el trato establecido, pero aquella no cedió. Testigos presenciales como don Eulalio Frutos, Jesús Martínez y Matías Hernández, aseguran que cuando Jesús platicaba una sobre lo cubría y se escuchaba perfectamente la otra voz, una voz que era

imposible de fingir. Esas personas se estremecieron sintiendo que se erizaba su cabello, retirándose presurosos para no gritar de miedo.

En su desesperación Jesús fue y le contó lo sucedido al cura de la parroquia más cercana. El sacerdote bendijo el lugar conocido como Las Víboras, y le prohibió a Jesús volver a pararse allí. Poco tiempo después Jesús y su familia se fueron a vivir a Chihuahua, y no se ha vuelto a saber de él. En las noches invernales que invitan al convivio familiar, sale la charla de sobremesa recordando a Jesús Solís «El Ciego».

RECOPILADOR: ADRIANA GONZÁLEZ GALLEGOS



## LA CUBANA

**U**NA EPIDEMIA DE VIRUELA NEGRA atacó al País allá por 1906. Fue tan espantosa que muchos de los enfermos, al ser considerados desahuciados, aún vivos fueron llevados al sepulcro debido a la inminencia de su muerte.

En aquella época existían varias cantinas y burdeles por el rumbo del mercado Alianza. En uno de ellos trabajaba una mujer muy guapa a la que apodaban *la Cubana*, quien era muy solicitada por los hombres. Como la muerte no hace distinción de personas, aquella bella mujer fue atacada por el azote de la viruela negra.

Había sido admirada y solicitada por los hombres, pero entonces fue lástima y repudio lo sentido hacia ella al saberla atacada del terrible mal. La clientela sabía que la Cubana tenía su cuarto dentro del mismo burdel; por temor al contagio los varones dejaron de asistir, y la dueña del antro, viendo considerablemente disminuida la asistencia, optó por sepultar a la enferma aun cuando todavía estaba viva. Contrató algunos hombres sin escrúpulos para fabricar un cajón que hiciera las veces de ataúd; colocaron a la Cubana, quien a pesar de su mal se resistió con las escasas fuerzas que le quedaban. Aquellos hombres desalmados cumplieron su cometido y fue sepultada estando con vida.

Este suceso no pasó inadvertido. Pronto toda la Ciudad comentaba el caso, ya que la Cubana no era ninguna desconocida

—especialmente entre el sexo masculino—. Pasó el tiempo y la bruma del olvido fue borrando el recuerdo de la hermosa mujer.

Cerca del mercado Alianza había una cantina llamada La Feria; en sus afueras estaba un sitio de coches, de las ya olvidadas «calandrias». Se acercó al cochero una dama vestida de negro con el rostro cubierto por un velo del mismo color, solicitando ser llevada al Panteón Municipal. Al llegar, la misteriosa mujer preguntó por el precio del viaje. Temeroso de que algo pudiera pasarle a la dama en aquel lugar, el cochero se ofreció a esperarla para su regreso.

—No me espere... aquí vivo—, dijo ella en respuesta al ofrecimiento del cochero, quien creyó estar escuchando una broma e insistió en esperarla, pues el lugar era peligroso.

—Aquí vivo— dijo nuevamente la mujer, que a su vez le preguntó: —¿Acaso no me conoce?

El cochero negó; además no podía verle el rostro; la dama levantó lentamente el velo negro que lo cubría, y el cochero, al verla, quedó atónito reconociendo el rostro de la Cubana. El hombre perdió el conocimiento y así permaneció durante mucho rato. Las luces de los faroles del vehículo fueron divisadas por el panteonero, que intrigado por los largos minutos de permanencia inmóvil decidió averiguar la causa del hecho. Encontró desmayado al encargado del coche, y de inmediato se aplicó a reanimarlo; cuando recobró el conocimiento, aún mostraba en su cara la expresión de terror. Con voz temblorosa le contó al panteonero lo sucedido.

El resto de la noche el cochero fue huésped del panteonero. En la mañana, viendo el sepulturero que aquel hombre no se recuperaba de la fuerte impresión, decidió llevarlo a la Presiden-

cia Municipal, entonces ubicada por la avenida Morelos. El protagonista contó lo sucedido y mostró el billete con que aquella misteriosa mujer le había pagado.

Este acontecimiento fue conocido en toda la Ciudad y el billete quedó expuesto a la entrada de la Presidencia, lo que provocó una gran cantidad de curiosos desfilando para ver el dinero con el que había pagado el fantasma de la Cubana.

RECOPILADOR: EFRAÍN GONZÁLEZ HERNÁNDEZ



## LA MUJER BLANCA Y EL TESORO

**E**STA LEYENDA TIENE SU ORIGEN EN la histórica ciudad de San Pedro, Coah., lugar rico en leyendas por ser la cuna de la Revolución y de tantos acontecimientos bélicos. La leyenda de «La Blanca» se inicia en la época revolucionaria.

Un matrimonio acaudalado, celosa por mantener incólumes sus apellidos, educó a sus hijos con esmero y apego fiel a las buenas costumbres; mandó construir una mansión en un lugar céntrico, precisamente en la confluencia de las calles Lerdo de Tejada y 5 de Mayo. Posteriormente la casa fue habitada por otra familia: un matrimonio, varias hijas y sólo un hijo varón, orgullo de sus padres.

La casa era grande, constando de patio, traspatio, jardín con árboles frutales, diez recámaras, cocina y baños. A poco tiempo de que la familia ocupara la casa, empleó a una muchacha como ayuda doméstica, siendo ella humilde pero muy agraciada en cuanto a belleza. El joven hijo quedó prendado de ella.

Los prejuicios sociales impedían que el joven manifestara su amor abiertamente —a lo que además sus padres opondrían rotundamente cualquier consentimiento—, por lo que sostuvieron un romance en secreto que culminó con el embarazo de la joven sirvienta. Fue imposible ocultar tal situación. Los padres del muchacho decidieron guardar el secreto, fingiendo dentro del seno

familiar aceptar a la joven embarazada.

Cuando llegó el momento del parto contrataron a una comadrona de otra ciudad, pagándole una buena cantidad para comprar su discreción. El producto fue un hermoso niño que esa misma noche fue arrebatado de los brazos de su madre; a ésta la echaron de la casa. Inútiles fueron los ruegos y el llanto de aquella joven madre para que le regresasen a su hijo.

Poco después la muchacha murió sin conocer la dicha de acunar en sus brazos al fruto de su amor. Se cuenta que la bella joven murió por su extremada tristeza. Al poco tiempo del deceso, en aquella casa donde había servido comenzó a aparecerse una mujer hermosa de ondulante cabellera negra, que vestida con un atuendo largo y suelto flotaba por todos los rincones dejando escuchar espeluznantes gemidos de dolor, y un llanto que helaba la sangre de quienes llegaron a verla y escucharla.

Cabe mencionar que el bebé murió corto tiempo después. No por ello el fantasma dejó de aparecerse, causando terror a quienes habitaban la residencia. Las luces se apagaban, los objetos eran arrastrados, y el fantasma rondaba la cama de su amado en un callado reproche por su pasividad. El joven enamorado, agobiado por aquellas apariciones y por el cargo de conciencia, se volvió alcohólico. Por las noches velaba esperando ver la aparición, y cuando creía verla disparaba su pistola en un inútil afán por acabar con el fantasma de la mujer a quien burló.

El padre de este joven, hombre adinerado, acostumbraba enterrar su dinero en monedas de oro y de plata en lugares de sólo él conocidos. Murió repentinamente sin decirle a nadie el lugar donde estaba su fortuna. Posteriormente la familia cambió de residencia a otra ciudad, no sin antes haber buscado afanosa, pero infruc-

tuosamente, el tesoro enterrado; prefirieron dejar todo antes que seguir padeciendo las apariciones de La Blanca, que aún sigue rondando la vieja casona. Los actuales inquilinos aseguran continuar viendo el espectro por las noches, vagando sin descansar; incluso a una de las moradoras le ofreció decirle dónde estaba el tesoro, a cambio de su hijo, oferta que, obviamente, fue rechazada. Si usted, lector, está dispuesto a canjear uno de sus hijos por el tesoro, La Blanca lo espera cualquiera de estas noches.

RECOPILADOR: GRISELDA VÁZQUEZ ALDAPE



## EL TESORO DE BENJAMIN ARGUMEDO

C UENTAN LOS ANCIANOS DE LOS ranchos extendidos por las faldas de las sierras de San Lorenzo y Texas —como Tacubaya, Progreso, Santa Brígida y Santa Eulalia— que durante la Revolución, después de que asesinaron a don Panchito Madero y tomó el poder el usurpador Victoriano Huerta, hubo enfrentamientos entre las tropas federales y revolucionarias en Torreón.

Villa era el jefe de los revolucionarios. Serían los últimos de marzo o los primeros de abril de 1914, cuando en todas las casas se hacían preparativos para recibir la Semana Santa con solemnidad. Los laguneros ya habían vivido la revolución y hubo zozobra al correr el rumor de que los villistas habían tomado Chihuahua, avanzando entonces rumbo a La Laguna.

—¡Ya llegaron a Bermejillo y hay encuentros por el lado de Tlahualilo. Pronto van a atacar Gómez Palacio!

Efectivamente, pocos días después el Cerro de la Pila atestiguaría el fiero combate entre federales y villistas; estos lograron el triunfo y los federales se replegaron a Torreón, donde esperaban resistir y dar el contraataque. El combate duró varios días, hasta que el 3 de abril los federales fueron derrotados; quienes no fueron muertos o aprehendidos emprendieron la retirada.

El general federal J. Refugio Velazco mandó llamar en privado

a Benjamín Argumedo, antiguo maderista, originario de El Gatuño (hoy Congregación Hidalgo), allá por el rumbo de Matamoros. En forma muy confidencial le encomendó la tarea de transportar a San Pedro, todavía estaba en manos federales, todo el dinero «confiscado» a los bancos y quitado a los ricos de Torreón, para que no cayera en poder de los revolucionarios. Con una reducida escolta Argumedo acomodó los costales llenos de *alazanas* de oro en una carreta tirada por cuatro machos.

Aprovechando la confusión dada por la retirada de los federales, Argumedo salió de Torreón rumbo a San Pedro por una ruta opuesta a la que los soldados en fuga habían escogido, y que era rumbo a Viesca. Con la pequeña escolta y el riquísimo cargamento se fue faldeando la ladera norte de las sierras llamadas Texas y San Lorenzo, por el antiguo camino de herradura que comunicaba a San Pedro de las Colonias con Torreón.

El constante peligro de las patrullas villistas obligó a Argumedo a esconder el tesoro, pretendiendo recogerlo cuando el peligro hubiese pasado. Encontró una gran gruta en la montaña y ordenó meter la carreta con su preciosa provisión. Las bestias fueron sacrificadas, haciéndose una mezcla para cegar la entrada con sangre, tierra y piedras, y luego disimularla cubierta de magueyes, biznagas y plantas de gobernadora.

Terminada su labor, el grupo federal se reintegró al Ejército en el rancho La Soledad. Los cinco soldados que acompañaron a Argumedo fueron muertos durante la toma de San Pedro. Benjamín Argumedo sobrevivió a las batallas de San Pedro, Paredón y Zacatecas, batallas en que el triunfo definitivo fue de la Revolución.

Durante dos años Argumedo anduvo escondido, hasta que fue

capturado en la sierra de Durango. «Liado como un cuete» fue conducido a la ciudad capital de Durango, donde lo fusilaron el uno de marzo de 1916. Con su muerte se llevó el secreto de donde está el carretón cargado de alazanas de oro.

Los ancianos todavía miran a la sierra de San Lorenzo y afirman que entre Santa Eulalia y Tacubaya, muy cerca de una roca gigantesca conocida como La roca del pavorreal, se encuentra la cueva escondida. Otros aseguran que está cerca de Alejandría, al oriente de San Pedro, y que las tolvaneras han cubierto gran parte de la ladera de la montaña.

Allá sigue escondido el tesoro de Benjamín Argumedo, esperando que alguna Semana Santa un afortunado lo encuentre. Entre tanto, los ancianos siguen mirando con nostalgia la señorial montaña que se levanta altiva en el corazón de la Región Lagunera, mientras las mentes se pueblan de fantasías añorando ser los felices descubridores de tan fabuloso tesoro.

RECOPILADOR: JOSÉ REYES MIRELES LÓPEZ



## LA DAMA DE LA MEDIANOCHE

C UENTAN LOS NOCTÁMBULOS GOMEZPALATINOS QUE durante las noches de luna, sobre las vías del ferrocarril, en el tramo comprendido entre las avenidas Zaragoza y Vergel, se aparece una bella mujer vestida con vaporoso camión blanco y un velo de gasa. Su atractivo se ve acentuado por una cabellera rubia que ondea al aire en suaves movimientos.

Alta y flotando lentamente surge de entre los furgones, y va tras quienes a altas horas de la noche transitan por allí. No es una persecución con intento de alcanzar, sino un cauteloso seguimiento que algunas veces la hace emparejarse con el trasnochador. Algunos que han vivido esa experiencia cuentan haberse animado a mirar de reojo, pero no la fealdad del espectro —más bien el miedo— los ha hecho correr desahogados cuando a señas les ha pedido estar más cerca.

Chema, joven estudiante de preparatoria con casa en el Fraccionamiento Del Bosque, regresaba de dejar a su novia domiciliada en El Campestre; por tanto, tuvo necesidad de cruzar las vías férreas cerca de las dos de la mañana. Afirma que al cruzar la última fila de vagones, de la nada surgió aquella hermosa mujer detrás de él. Volvió Chema la cara y al verla, su primera impresión fue de gran halago, pues que a esa hora anduviera sobre él semejante belleza le hizo sentir afortunado. Aminoró el paso para

dejarse alcanzar, pero eso no sucedió. Nuevamente volteó y ahí seguía la bella dama, cuando Chema se percató de que flotaba y le hacía señas llamándolo. Aquella visión heló la sangre de Chema; dio media vuelta y salió disparado por espacio de una cuadra, la cual le pareció la más larga de todo Gómez. Creyendo haberse distanciado lo suficiente volvió a mirar atrás, pero el hermoso fantasma ya no estaba.

Los vecinos del lugar aseguran la existencia del fantasma. El propietario de una tortillería cercana comentaba que a tantas veces de haber visto tal aparición, ya no le inspiraba miedo alguno.

Pero... ¿quién es esa dama? Algunos con suficiente edad para recordar hechos lejanos en el tiempo, cuentan que fue la esposa de un árabe avecindado por la avenida Madero. Era un hombre sumamente celoso y frecuentemente le pegaba a su esposa por suponer que lo engañaba. En una ocasión la mujer no estuvo dispuesta





a soportar más golpes, y cuando su marido comenzó a tundirla ella salió de la casa corriendo rumbo a la estación del tren; el celoso marido le dio alcance y allí mismo la mató de la golpiza.

Usted lector, ¿duda de la aparición? Cruce las vías a la altura de las calles mencionadas; hágalo después de las once de la noche... y después me platica.

RECOPILADOR:  
NATALIA MEZA CABRALES



## EL ORO CHINO

◆ VIVA VILLA! ¡VIVA VILLA, JIJOS de la..! Aquel grito rodaba por todas las calles de la pequeña ciudad. Grito que erizaba la piel, anunciando desmanes y saqueos.

La Perla de La Laguna se disponía a pagar, a precio de oro y sangre, su envidiable ubicación estratégica, tanto en lo comercial como en lo militar. Intersección de vías férreas, paso obligado de viajeros que iban tanto al norte como al sur.

En pocos años un humilde caserío se convirtió en próspera villa, donde florecían la agricultura, la ganadería y el comercio. Era el centro de atracción para quienes pudieron prever que pronto sería una generosa ciudad. Hombres y mujeres de todas partes, y de diversas etnias, vinieron a habitarla: alemanes, chinos, árabes... sumados a la multitud de españoles que ya había llegado.

Al estallar el movimiento revolucionario de 1910, Torreón estaba en manos del Gobierno Federal; tras el triunfo maderista pasó a manos de los revolucionarios, en mayo de 1911. Una efímera paz tranquilizó a los mexicanos cuando Madero tomó el poder, pero ante la traición de Victoriano Huerta y su asesinato a Madero y Pino Suárez, la Revolución se reanudó con ímpetu mayor.

En octubre de 1913 la mítica División del Norte, bajo el mando de Francisco Villa, derrotó a las fuerzas federales que coman-

daba el general Alvérez. Torreón quedó así de nuevo bajo autoridad revolucionaria.

Villa tenía aversión por los españoles, al creer que habían apoyado incondicionalmente a los federales.

—¡Tráiganme a esos gachupines!— ordenó furioso.

Los villistas detuvieron a todos los españoles que encontraron, llevándolos a la presencia de su jefe. Había toda la intención de fusilarlos, pero tras pláticas conciliatorias decidió desterrarlos, no sin antes imponerles un préstamo forzoso. Esta decisión no fue del agrado de su lugarteniente, el temible verdugo Rodolfo Fierro.

Villa abandonó Torreón, quedando otra vez en poder Federal en 1914. Pero nuevamente Villa decidió retomar dicha plaza por su importancia estratégica. Los torreonenses vivían en continua zozobra, pues conocían los saqueos, violaciones y asesinatos que traía cada toma de la Ciudad.

La colonia china estaba siendo agitada por toda clase de temores. Corría el rumor de que los villistas acabarían con ellos —versión surgida de los mismos federales para obligarlos a tomar las armas y defenderse de los revolucionarios... terrible engaño—. Al empuje de las fuerzas villistas los federales fueron replegándose, mientras los chinos se parapetaron en el edificio del Banco Chino, actualmente Hotel Laguna (en la esquina de Juárez y Valdés Carrillo).

Al acercarse los villistas con su famoso grito de ¡Viva Villa!, los chinos dispararon contra ellos. Los revolucionarios fácilmente lograron la derrota, dada la inexperiencia de los chinos en el manejo de las armas.

Con la sangre hirviendo de rabia los revolucionarios tomaron

el edificio del Banco, donde llevaron a cabo uno de los más ignominiosos capítulos que ha visto nuestra Ciudad: Tomaron prisioneros a los chinos sobrevivientes, los subieron a la azotea del edificio y tomándolos de su cabello trenzado los arrojaron al piso de la calle, muriendo de manera espantosa.

Algunos que lograron correr —incluyendo a niños y mujeres— fueron lazados y arrastrados por las calles hasta matarlos. Se dice que ese día murieron más de 300 chinos. Tras la matanza, el saqueo. Del Banco Chino tomaron todos los depósitos de oro y plata. Fierro fue quien dirigió, con diabólico placer, la matanza y el saqueo, y en sus manos quedó buena parte del botín. Testigos de tan dantesca escena cuentan que Fierro reía a mandíbula batiendo durante la masacre.

Del oro chino nadie supo jamás el paradero.

RECOPILADOR: OCTAVIO ALBERTO ORELLANA WIARCO



## EL AVE GIGANTE DE BARACALDO

**G**RITOS DE ESPANTO, CARRERAS DESPAVORIDAS, tropiezos y ayes de dolor. Esto sucedió —¿o no sucedió?— en los pinabetes cercanos a la pequeña propiedad Baracaldo, municipio de Matamoros, Coah. Aquí lo narro tal y como lo escuché. Verdad o mentira... pero por precaución, evite usted pasar por allí durante la noche. He aquí la leyenda.

Un sábado por la tarde, en el verano de 1975, varios amigos organizamos una reunión en un tranquilo paraje sobre la carretera que conduce a la pequeña propiedad Filipinas, casi frente al rancho Baracaldo, el cual está rodeado de frondosos pinabetes. Platicamos intrascendencias, esos tópicos divertidos que hacen pasar tiempo sin sentir, y más aún si se ameniza el asunto con unas bebidas bien heladas.

Como a las doce de la noche, con cierto efecto etílico en nuestros cerebros —pero no al punto de no darnos cuenta de lo que hacíamos— escuchamos un ruido muy extraño. Pusimos atención y nos pareció ser el aleteo de unas alas enormes. Todos dirigimos nuestras miradas hacia donde el ruido provenía, pero la oscuridad de la noche nos impedía ver algo. Aun así sentimos el fuerte desplazamiento del aire. De pronto un horripilante graznido nos erizó la piel, y momentáneamente nos quedamos paralizados por el miedo; luego que reaccionamos, corrimos a toda velo-

cidad hacia nuestros vehículos.

Uno de los compañeros —cuyo nombre omito para que no sea blanco de burlas de los escépticos—, tuvo el valor suficiente para investigar de qué se trataba y fue a mirar tras los pinabetes. Poco



después escuchamos gritos terribles, gritos de dolor de nuestro amigo. Nos vimos los unos a los otros y fuimos en su auxilio. Cuando llegamos al lugar lo encontramos tirado, quejándose de fuertes dolores; vimos con espanto que un brazo lo tenía seriamente lacerado, y uno de los ojos reventado y fuera de su órbita. Con premura lo levantamos. A la velocidad que el camino permitía llegamos a Matamoros.

Durante el trayecto le preguntamos qué había sucedido, y dijo textualmente:

—¡Vi un pájaro enorme..! ¡No sé qué era, pero sí era enorme! Voló hacia mí y me tomó con sus garras del brazo. Yo alcancé a agarrarme con todas mis fuerzas de la rama de un pinabete. Como no pudo llevarme de un picotazo me sacó el ojo.

En Matamoros le hizo las primeras curaciones el Dr. Eusebio Herradón, quien por la gravedad de las heridas dijo ser necesario llevarlo a un hospital. En colchonetas proporcionadas por vecinos caritativos acostamos al herido y lo llevamos al Sanatorio

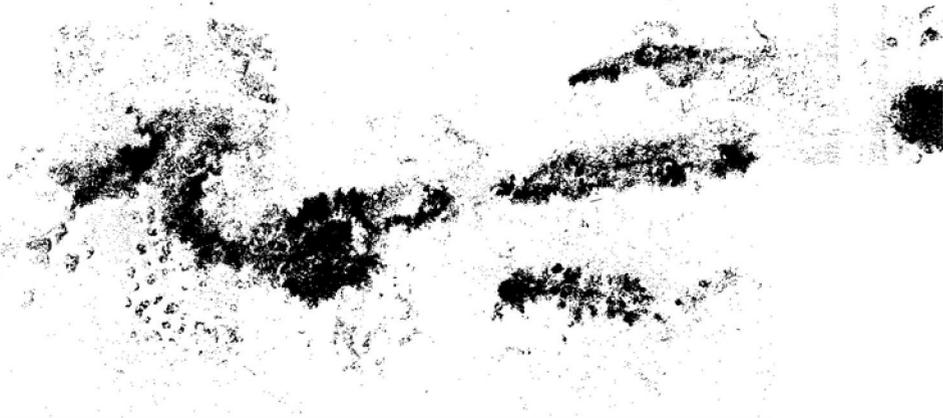


Español de Torreón. Ahí nos preguntaron qué había pasado. Callamos durante un momento. Nuestro aliento denunciaba la presencia del alcohol, y si contábamos lo que nuestro amigo nos narró no iban a creernos, por lo que decidimos declarar que se había herido con un implemento agrícola.

Al día siguiente volvimos a reunirnos los camaradas de la noche anterior. No podíamos quedarnos con los brazos cruzados, decidiendo ir esa misma noche a cazar al monstruo alado. Tampoco lo comentamos con nadie más, pues lo insólito siempre despierta la burla de quien lo escucha. Al caer la noche fuimos a los pinabetes, al mismo sitio donde antes encontramos a nuestro amigo herido; pacientemente esperamos, armados con rifles de alto poder. Cerca de la medianoche comenzamos a oír, a lo lejos, una

mezcla de quejidos y mugidos, así como el tenebroso aleteo de aquella ave infernal. Guardamos absoluto silencio; no niego que temblábamos de puro miedo.

En el horizonte se levantaba la luna, dejándonos observar cómo



se acercaba el monstruo cargando en sus garras un becerro de fácilmente cien kilos. Antes de posarse en el suelo lo dejó caer y luego comenzó a devorarlo. Concentrado en arrancar grandes pedazos de carne y vísceras a su presa, el infernal pájaro no advirtió nuestra presencia. Nos pusimos de acuerdo con las miradas, y a una señal disparamos todos al mismo tiempo. Aquello fue un pandemónium de disparos. No era mucha la distancia ni tampoco la primera vez que usábamos un rifle, por lo cual nuestras balas estaban dando en el blanco; pero ante nuestro asombro, nos dimos cuenta que los proyectiles no traspasaban se coraza de plumas.

Al fragor de los balazos, el pajarraco tomó en sus garras los restos del becerro y alzó el vuelo rumbo al poblado Emiliano Za-

pata, dejándonos atónitos ante semejante resistencia. Regresamos a Matamoros, no comentamos nada y en silencio entramos a una cantina para emborracharnos.

Por una u otra fuente, todo el acontecimiento empezó a ser



conocido y en poco tiempo la Región Lagunera entera lo comentaba. Muchos han ido a los pinabetes de Baracaldo con la esperanza de ver al monstruo alado, pero no ha vuelto a hacerse visible. Una semana después de que atacamos al ave, varios chiveros encontraron en la Cueva del Tabaco gran cantidad de huesos de vacas, chivas y —según dijeron— hasta de humanos. En estos días hay gente vecina de Baracaldo que jura haber escuchado el aleteo de una ave gigantesca. Increíble, ¿verdad? Pero anda por ahí un manco y tuerto que se lo puede confirmar.

RECOPILADOR: EDUARDO JOSÉ RIVAS ECHEVERRÍA



## EL CALLEJÓN DEL DIABLO

*Sean sobrios y estén despiertos, porque su enemigo, el diablo, ronda como león rugiente buscando a quién devorar.*

1<sup>a</sup> DE PEDRO 5,8.

**L**AS SABIAS PALABRAS ESCRITAS EN versículos de documentos pertenecientes a diferentes credos, al igual que frases como «Pórtate bien, porque si no, se te aparece el chamuco», deberían ser consideradas más seriamente. No es mi intención enjuiciar los actos ajenos, ni mucho menos intentar el logro de conversiones religiosas; quizá sea simplemente advertir o prevenir algún mal, o evitarle a alguien un buen susto, pues lo que a continuación leerán es tan cierto como el mismísimo sol que nos alumbra a todos.

Durante muchos años mi vida transcurrió detrás de un mostrador. Esto me ha dado la oportunidad de conocer a mucha gente, y vivir inolvidables experiencias. Con frecuencia desfilan por mi tiendita desde agentes de ventas, promotores, compradores casuales, clientes habituales, vendedores ambulantes, hasta esas amas de casa que obran verdaderos milagros con el gasto diario. Este trato continuo durante años me ha hecho respetar la vida de todos y valorarlos como seres humanos.

Cierto día, en el interior de mi negocio se debatió acaloradamente sobre el temible Diablo y sus maléficos poderes.

Entre los que integraban el grupo los criterios eran diferentes. Unos hacían bromas y comentarios sarcásticos; otros se mantenían cautelosos, e incluso, hasta temerosos. Algunos clientes no asiduos nos veían con total indiferencia. Los niños, más curiosos y asombrados, dejaban de jugar para vernos y no perder palabra de quienes expresábamos nuestra opinión sobre aquel delicado tema.

—Con el diablo no se juega —dijo con seriedad y firmeza doña Luz—. Ya ven lo que le pasó a María la del cerro. ¿Por qué creen que no habla? —preguntó dirigiendo su mirada a la susodicha.

Doña Luz pagó su compra y se retiró. María era una clienta asidua y muy acreditada. A diario surtía su mandado en mi tienda. En ese momento permaneció callada, limitándose a vernos y escuchar. Conforme iban obteniendo sus pedidos los clientes se retiraban, dejando inconcluso el tema sobre si el Diablo existe o no. Todos tenían prisa, menos María, que cedía su turno con la intención de quedar hasta al final, como si quisiera decirme algo nada más a mí. Así fue. Una vez a solas María se me acercó, y con voz que denotaba nerviosismo, o más aún, pavor, me advirtió:

—De veras, el Diablo sí existe... ¡Y con él no se juega! A mi esposo Rutilo y a mí ya nos dio un buen susto— dijo con el miedo reflejado en sus ojos.

María tenía un tabaretito cercano a mi negocio, donde vendía golosinas y refrescos. Vivía en lo alto del Cerro de la Cruz, frente a un templo. Su esposo, músico de oficio, trabajaba por las noches con un trío musical en un conocido restaurante de aquella época. Debido al trabajo de su marido y al ambiente en que éste se desenvolvía, aceptar las invitaciones de los parroquianos a beber una copa se hizo parte del oficio, llegando a convertirse en un

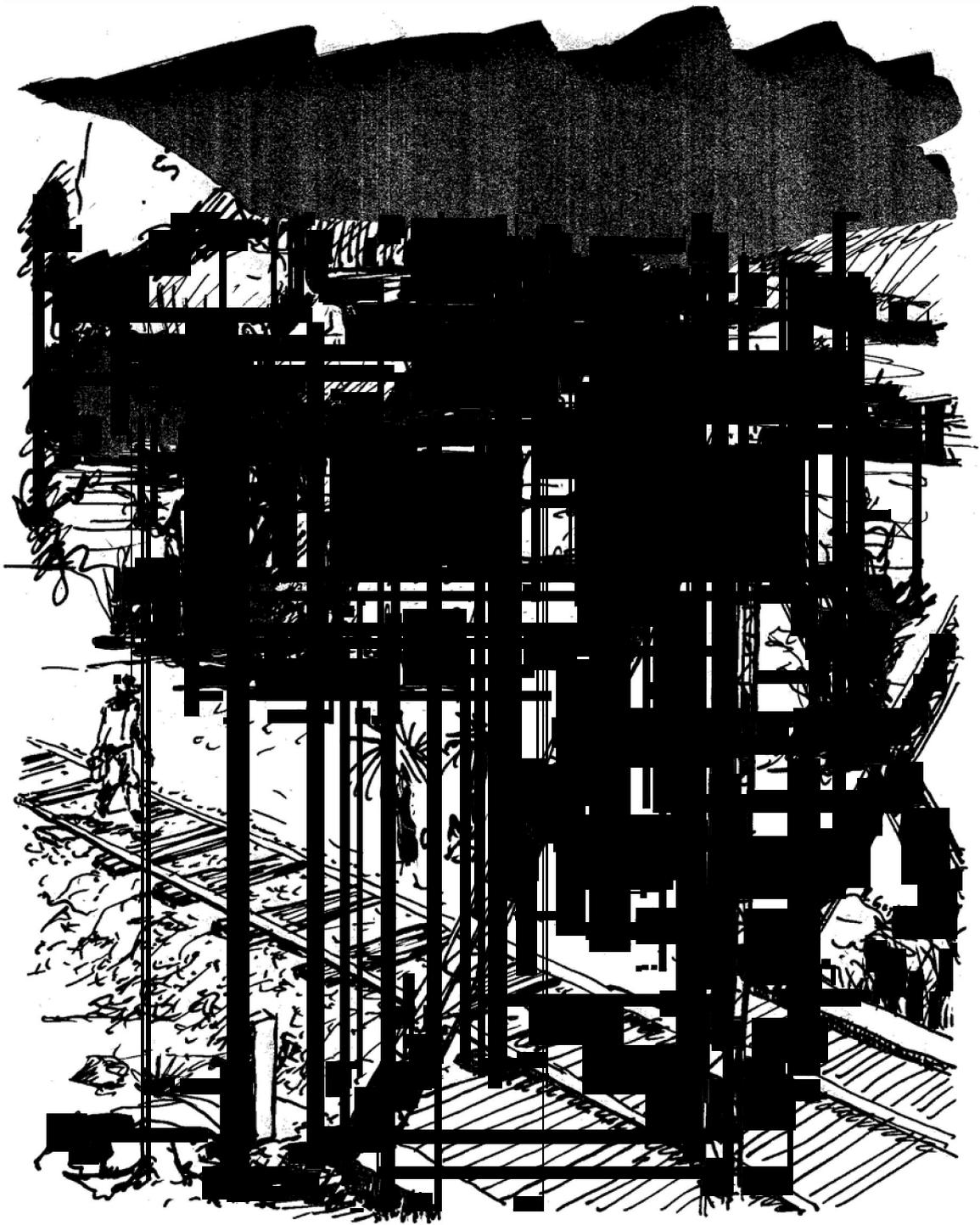
hábito que le trajo serios problemas en su relación con María, pues el regresar diariamente «tomado» daba pie a fuertes discusiones. Y ese, durante muchos años, fue el modo de vida que llevaron. Cierta día Rutilo retornó a altas horas de la madrugada, como era su costumbre; y para no variar, bajo los influjos del alcohol, comenzaron a discutir, pero esta vez llegando hasta los golpes. Al término de la pelea se reconciliaron y decidieron salir de la casa.

Contaba María:

—Caminamos abrazados, bajamos por un callejón que daba a la calle donde se encuentra la iglesia, sorprendiéndonos que frente a ella un enorme perro negro dirigía su torva mirada hacia nosotros. Sus ojos brillaban como lanzando chispas. De su babeante hocico asomaban unos colmillos enormes y salía fuego por él. Un extraño y desagradable olor invadía el ambiente. No encontramos otra explicación más que se trataba de algo diabólico. El susto que nos llevamos enseguida fue espantoso: el perro comenzó a ladrar muy fuerte y se echó sobre nosotros. Por un instante el terror nos paralizó, pero luego reaccionamos y corrimos despavoridos hacia la casa, sin volver la cara atrás. Aquella horrible impresión cambió nuestras vidas desde entonces. Rutilo dejó la tomada y no volvimos a pelear; pero el miedo de repetir la experiencia con el perro nos hizo cambiar de domicilio. No sé cómo interpretar aquello: o como un aviso del diablo, o como una advertencia de Dios por la vida que llevábamos... Por eso le aseguro que el Diablo sí existe.

María dio por terminado su relato. Desde entonces ese lugar es conocido por todos los vecinos como *El callejón del Diablo*.

RECOPILADOR: JOSEFINA ORONA DE VIRGIL



## EL GARROTERO DEL PUENTE NEGRO

CON EL FRAGOR DEL COMBATE revolucionario todavía en los oídos, en 1912 fue inaugurado el puente ferroviario que sobre el lecho del río Nazas sigue uniendo los estados de Coahuila y Durango. Por su color, dicha obra es conocida desde entonces como *El puente negro*.

Al correr del tiempo diversos conglomerados humanos se fueron ubicando muy cerca del puente negro. Lo que inicialmente fue un logro de la ingeniería y un monumento al progreso se convirtió, al igual que el Nazas con su impetuoso caudal de aguas brucas, en un peligro que ha cobrado innumerables víctimas. Es así como nace esta leyenda, basada en hechos reales y salpicada con el sazón de lo sobrenatural; leyenda que como cualquiera, rompe con toda la lógica científica.

Testigos oculares de muchos acontecimientos fueron los jornaleros que trabajaban en el río cuando no llevaba agua, platicando que muchas veces el tren, como una serpiente de fuego, cruzaba el puente negro. Pero cuando el Nazas venía con todo su raudal, infortunadas personas que se valían del puente para ir de una ribera a otra eran destrozadas por las toneladas de acero que pasaban sobre ellas. Ese tipo de desgracias se convirtió en algo rutinario. Así sucedió lo que dio origen a este relato. Manuel Castro era escéptico en cuanto a lo que su padre contaba del puente

negro; sin embargo, le tocó ser testigo y protagonista de un acontecimiento.

Una de las muchas víctimas cobradas por el tren fue alguien conocido con el mote de *el Garrotero*, porque había sido ferrocarrilero durante muchos años. Él, como tantos otros, cruzó el puente cuando el tren también lo hacía, siendo arrollado y muerto.

Manuel y su compadre Emilio Estrada (f) cuidaban chivas en una majada cercana al puente negro. Todo lucía tranquilo, pero como a la medianoche divisaron, no muy lejos de ahí, una luz apareciendo atrás de un mezquite y encaminándose en dirección al puente; cuando el resplandor estuvo más cerca, vieron a un hombre con pantalón de pechera de mezclilla, quien portaba una lámpara de carburo.

Lo que les heló la sangre y dejó estupefactos fue que aquel hombre no caminaba: flotaba sobre las vías del tren. Cuando llegó a la mitad del puente, simplemente desapareció sin dejar rastro. Durante el resto de la noche les fue imposible conciliar el sueño.

Al día siguiente, con la diafanidad solar fueron al mezquite donde había surgido la luz, y sólo vieron sus raíces retorcidas en el típico terreno arenoso. Pero empujados por la creencia de que donde hay aparecidos hay tesoros, se pusieron a escarbar en la blanda arena. A pesar de ser pleno día se llevaron otro susto, pues descubrieron una osamenta humana cuyo cráneo conservaba restos de cabello cano.

Manuel y Emilio volvieron a cubrir los despojos con arena, percatándose de que varios huesos estaban demasiado quebrados; además, por las mandíbulas carentes de muchas piezas den-

tales, dedujeron que se trataba de una persona de las llamadas «de la tercera edad».

Otro testigo es Carlos Piña Hernández apodado el *Borrado*, de oficios matancero y pepenador de desechos arrojados al lecho del río; él relata:

—Siendo joven fui muy aficionado a los bailes; no importando donde fueran yo iba. Cuando las fiestas eran al otro lado del Nazas tenía que cruzar el puente negro. La juventud me daba valor. Una ocasión, al terminar un festejo casi en la madrugada, regresé cruzando el puente. Noté que alguien me seguía. Volví la vista atrás y cerca vi a una persona que portaba una lámpara de mano. Poco a poco se emparejó conmigo; lo miré sin poder distinguir sus rasgos faciales, pero bajé la mirada y no puedo explicar lo que realmente sentí al ver que sus piernas estaban incompletas, porque sencillamente flotaba sobre las vías. No supe de dónde tomé fuerzas para correr desafortunadamente. Cuando volví la vista, vi que aquel «hombre» desaparecía a la mitad del puente.

En 1993 el puente fue remodelado y pintado, pero esta vez lo cubrieron con una pintura naranja. En ciertas partes se advierte que no le dieron una segunda mano, y varios aseguran que no lo hicieron por el temor que el puente les infundió.

El último suceso inexplicable fue en mayo de 1994, cuando sin razón aparente un depósito de llantas usadas, situado en el extremo sur del puente se incendió. Después de observar los restos se dedujo que tal vez fuera provocado por una lámpara de carburo, o por la de un garrotero. Los vecinos del lugar confían en que este haya sido el final de *el Garrotero del puente negro*.

RECOPILADOR: JOSÉ ANDRÉS GARCÍA VILLA



## EL CURRO DE SAN MIGUEL

**L**AS LEYENDAS SON ORIGINADAS POR sucesos extraordinarios, algunos creación de mentes fantasiosas que dan por verdadera la narración. Sin embargo otras han sido contadas por los propios protagonistas, quienes sufrieron un impacto emocional que, incluso, les ha cambiado su vida. Tales son los casos que vamos a conocer.

Hubo un invierno especialmente crudo para los habitantes del Ejido San Miguel, pues no tienen barrera natural alguna que les proteja de los helados vientos. La mayoría de la gente, para calentar el cuerpo por dentro, da grandes sorbos al fuego líquido del sotol. Esa noche de enero fue como cualquier otra en que se reúnen los amigos a charlar, acucillados en torno a un litro del ígneo elíxir.

Cuando dieron fin a la botella se despidieron y cada quien se fue para su casa. Rito, uno de los contertulios, había bebido poco. Iba tranquilamente a su domicilio cuando vio salir del despepito a un individuo, que poco después se emparejó con él sin dirigirle una palabra. Rito lo miró sin poder verle la cara, pero sí vio el elegante atuendo negro del que su camisa blanca resaltaba entre la oscuridad nocturna.

—Quihubo compadre— saludó amistoso Rito sin obtener respuesta. Incluso el acompañante volteó su cara para no ser visto.

Siguieron caminando juntos en silencio, mientras Rito fue sintiendo cada vez más miedo; quiso disimularlo y encendió un cigarrillo, ofreciéndole uno al misterioso acompañante. Con ese pretexto acercó la luz del cerillo, pero no distinguió sino sombras en el rostro. Lo que primero fue nerviosismo se convirtió en terror. Rito aceleró el paso y el extraño convidado se le mantuvo a un lado. Cuando llegó a unos pasos de su casa Rito se armó de valor, se paró y enfrentó al recóndito ser.

—Ultimadamente, ¿por qué me sigues? ¡Ya me tienes hartos! Dime qué jijos quieres!—, y terminando la frase le tiró un golpe que con increíble rapidez detuvo aquel hombre, tomando a Rito de la mano con tal fuerza que le causó una herida y una profusa hemorragia.

Rito se zafó y lleno de ira le gritó:

—Ora verás, hijo de la...

Entró apresuradamente a la casa buscando su alfanje. Con el alboroto sus padres despertaron, preguntándole la causa de aquello; Rito a grandes rasgos les platicó, pero ellos le impidieron que saliera. Fue la mamá quien salió a investigar sobre el siniestro personaje, pero al abrir la puerta sólo vio un enorme perro negro que, mientras permanecía sentado, mostraba unos ojos muy grandes y rojos como lumbre, y unos colmillos enormes dentro del hocico babeante.

La señora quedó inmóvil. El perro se incorporó y se alejó dando horribles aullidos, dejando además un fuerte olor azufrado. Por su parte, Rito ya no ingiere alcohol ni llega tarde a su casa.

Pero no fue el único caso. Un señor al que todos conocen como *Pacharelas* regresaba de regar su parcela —no había bebido—, cuando a medianoche vio salir del despepite al mismo tipo

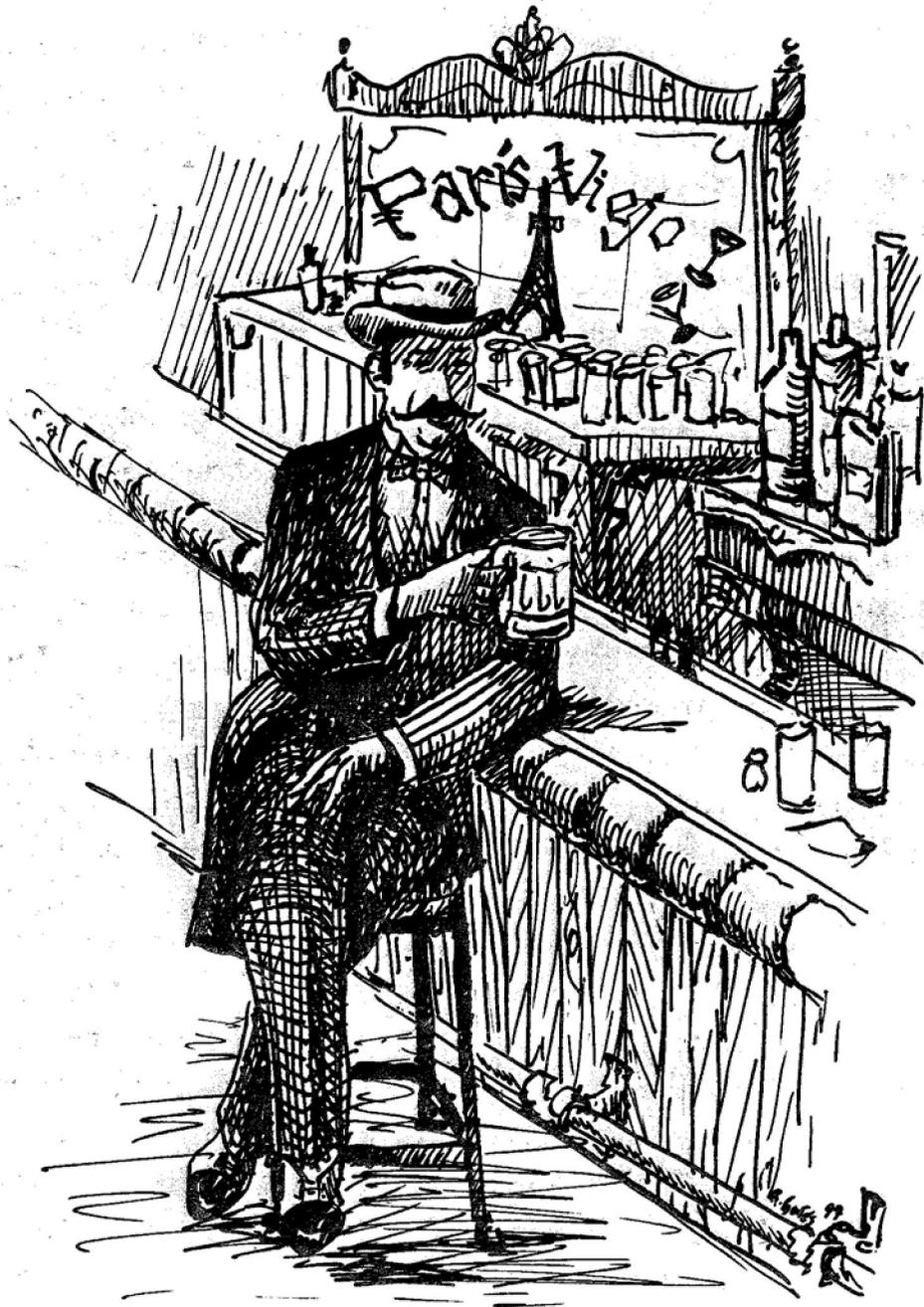
elegante. Al igual que Rito, fue seguido durante un buen trecho.

Pacharelas quiso entablar plática pero fueron inútiles sus intentos, cosa que le molestó bastante: entonces decidió hacerle pleito. Tiró varios golpes al acompañante, pero parecía que el brazo sencillamente pasara por su cuerpo, como si este no existiera. Sin embargo aquel «ente» sí lastimó mucho a Pacharelas, quien llegó a su casa todo revolcado, golpeado y con rasguños raros en la cara. Su familia no creyó la versión, a pesar de tener Pacharelas el pavor reflejado en el rostro. Logró convencer a su esposa y a uno de sus hijos para que lo acompañaran adonde había sido golpeado. Dirigieron la luz de una linterna al suelo, encontrando huellas de un ave gigante y otras como las de un burro.

—¡Es el Diablo!— gritaron y pusieron tierra de por medio.

Hay quienes aseguran haberlo visto bajar del último autobús que llega de Torreón a San Miguel, y lo ven dirigirse silencioso rumbo al desepite. También aseguran haber mirado las huellas que deja a su paso: una como de un gallo enorme y la otra como la de un burro...

RECOPILADOR: RAÚL ALFARO RANGEL



## SIR WAITRON

**A** PRINCIPIOS DE SIGLO VIO LA luz primera, en esta ciudad de Torreón, Jesús Huitrón. Estudió hasta la preparatoria... o más bien, sólo fue oyente. La preparatoria estaba frente a la Alameda Zaragoza, dirigida por don José María del Bosque.

Jesús fue muy especial desde niño. Era un bohemio nato, al que no le gustaba el estudio ni nada parecido al trabajo; aseguraba traer un amparo para protegerse de trabajar. Eso fue una peculiaridad del personaje: nunca trabajó, siempre vivió de dádivas que aceptaba de manera muy discreta y sólo de sus más allegadas amistades. Guardaba su dignidad: no de cualquiera aceptaba una invitación. Tenía las actitudes prototípicas de un lord inglés, y dedicó cada día de su vida a vivirlo como si fuera el último

Decía que todas las mañanas buscaba en el periódico su es-  
quela; si no aparecía, con toda confianza salía a vivir un día más. Jesús Huitrón fue amigo de todos, amable, saludador, recto, caballeroso, nunca hablaba mal ni bien de nadie; sabía escuchar y callar. Vestía siempre de traje y corbata de moño, a veces a cuadros, otras a rayas, pañuelo en el bolsillo del saco y clavel en la solapa. Su ropa era de Casa Galloso, es decir, «gallitos», ropa usada que sus amigos le obsequiaban. En los 30 se celebró un carnaval y fue elegido por unanimidad *Rey Feo*, pero los organiza-

dores no le otorgaron el título porque al padre de la muchacha que resultó reina no le gustó el modo de vida del electo Rey Feo. Sin embargo participó en el desfile disfrazado de lord inglés en zafari: casco de corcho, botas, pañoleta al cuello y descansando en su antebrazo una escopeta. Iba montado sobre un elefante fabricado por el Sr. Desiderio Martínez. A raíz de esto comenzó a ser conocido como *Sir Waitron* muy atinadamente, ya que su vestir, sus ademanes y su flema, así como su puntualidad eran de todo un típico caballero inglés.

Diariamente podía ser encontrado, en punto de las 12 del día, en la esquina de Morelos y Cepeda; también puntual a las 13 horas partía rumbo al París Viejo, donde por cortesía de la casa tenía asignadas tres copitas mientras llegaba la palomilla que le invitaba la copa o a comer. Sus amigos además conocían a Jesús como «El Concord», porque hacía quince minutos exactos del España al París, los dos bares de la época.

Él mismo decía que vivía de milagro. Cierta vez en el París Viejo, unos ferrocarrileros jubilados estaban sentados a la entrada de un pasillo e invitaron a *Sir Waitron* —que venía del baño vistiendo un saco azul marino muy deslavado— a quien creyeron colega o jefe de publicaciones. Muy circunspecto *Sir Waitron* aceptó la invitación y se sentó.

—¿Qué va a tomar?— le preguntaron sus anfitriones.

—Lo mismo que ustedes— contestó él.

A los pocos instantes, el más viejo de los ferrocarrileros le preguntó:

—Y usted, ¿cuánto hace que se jubiló?

*Sir Waitron* levantó su cara y por vez primera tuvo un exabrupto; poniéndose de pie, contestó con voz altisonante:

—Mire viejo jijo de las melcochas: yo todavía no empiezo a trabajar. ¡Cómo quiere que me jubile! ¡Si esto es por la copa, ahí está!

Con aires de gran dignidad se levantó y se fue. Le gustaba «la tomadita»; bohemio agradable, buen conversador, sabía de todo; si le hacían alguna broma, siempre tenía la respuesta adecuada. Nunca se casó, pero fue muy enamorado; su mejor amiga —al parecer— fue la cantante María Luisa Landín, quien cada vez que se presentaba en esta Ciudad, lo buscaba. En una ocasión llegó al Casino de La Laguna a una fiesta; iba algo tomado y subió las escaleras, que en ese tiempo todavía eran de madera; en el primer descanso lo abordó el Sr. Teodoro Colignon, administrador del Casino, y de manera muy correcta le pidió la invitación. Sir Waitron irguió su cuerpo, le miró indignado y le reprochó:

—¿Después de que me la mandan, me la piden?

La más conocida de las historias de Sir Waitron, podemos decir que fue la broma que le hicieron un sastre apellidado Reyes, Jesús Flores, Antonio López y Víctor Castro, motejado la Vitrola; este último tuvo la consigna de embriagarlo, mas viendo que no podía lograr su objetivo compró en una farmacia dos nembutales y se los puso en la copa: Sir Waitron quedó profundamente dormido. Lo trasladaron a la sastrería, donde ya tenían preparado un ataúd facilitado por la Funeraria González. Colocaron a Sir Waitron dentro de la caja, junto a la cual descansaban listos los cuatro cirios. Comenzaron la velación con el indispensable café con piquete; a poco rato pasó por allí un capitán amigo de Sir Waitron, y el sastre Reyes lo invitó a acompañarlos a tomar un cafecito. El capitán accedió y al entrar le dijo al sastre:

—Se te murió tu viejo.

—No —contestó el sastre— es tu amigo Sir Waitron.

—¡Cómo! ¡Pero si estuvimos en Perches al mediodía!

Compungido el capitán vio el «cadáver» de Sir Waitron, y con tono filosófico dijo:

—No somos nada.

Así continuó hilando el militar un sentido discurso funerario, al mismo tiempo que repetía las tazas de café con tequila. Sir Waitron fue recobrando el conocimiento, y de pronto, incorporándose de la caja dijo iracundo:

—¡Y ahora dónde me tienen, jijos de la ..!

El capitán, al ver que su amigo había *resucitado*, salió corriendo como alma que lleva el diablo. Al llegar a la esquina reaccionó, comprendiendo que todo había sido una broma; encolerizado y empuñando su pistola regresó tomando a la Vitrola por el cuello; al verse encañado, Víctor Castro sólo acertó a decir:

—Yo no sé nada... a mí también me invitaron al velorio.

Los organizadores se habían escondido. Libre de las tenazas y de la pistola, Víctor Castro, la Vitrola, salió sin ver hacia atrás y sin siquiera tomarse la molestia de abordar su camioneta, sencillamente corrió.

Sir Waitron fue amigo de presidentes municipales; estaba en la nómina en puestos honorarios. En cierta ocasión de cambio de presidente, Sir Waitron fue a presentarle sus respetos y el nuevo alcalde le dijo:

—Waitron, quiero que vayas a la Recaudación para que conozcas a tu nuevo jefe.

Sir Waitron se levantó como impulsado por un resorte, y con actitud de haber sido ofendido le contestó:

—¡No, no! Con todo el respeto que usted me merece, yo he

venido a saludarlo, no a pedirle trabajo!

—No, hombre, no es para que trabajes: es para que veas con quién vas a recoger ahora tu cheque.

—Si me van a dar cheque, que por favor lo manden a mi casa: yo no voy a andar recogiendo esas cosas.

Otra anécdota que muestra su agilidad y su pícara mente fue al estar con su amigo el capitán en la cantina de Jesús Perches: se acercó el pianista y les entregó una lista de canciones en un papel.

—Por un lado vienen canciones de Curiel y por el otro de Agustín Lara; ustedes escojan.

El capitán respondió:

—No amigo, lo siento, pero estoy de luto: murió mi hermana.

Sir Waitron intervino de inmediato, y dirigiéndose al pianista le dijo:

—Puede usted tocar lo que guste... pero nada más tóquelo con las teclas negras.

Murió Sir Waitron y fue acompañado por cinco de sus mejores amigos. Como todo, el terreno y la caja fueron también obsequiados por sus amigos. Ahora sólo queda el recuerdo de este singular personaje. Nunca hizo daño a nadie; tampoco pidió nada y sin embargo toda su vida fue de gratis... hasta su muerte también.

RECOPILADOR: EMIGDIO MANUEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ



## LA MUERTE DE LOS TRAIDORES

**E**N MARZO DE 1914 LA División del Norte, al mando del legendario Pancho Villa, se dirigió a Torreón para efectuar la tercera toma de la Ciudad. Entre su compañía estaba el insigne Felipe Ángeles, hombre muy culto y de toda la confianza del Centauro del Norte.

Durante un descanso en aquella larga jornada, Villa le dijo al general Ángeles que antes de seguir adelante probaran el parque comprado a Zenaido Beltrán y a Maximino Cuevas.

—Estos hijos de su... no me dan buena espina —comentó Villa—. Esos son capaces de vender hasta a su... madre.

Artillero egresado del Colegio Militar y especializado en Alemania, Ángeles procedió a confirmar la calidad del parque, comprobando efectivamente que no servía y que las armas tenían muchos defectos.

—Ora sí compadre, éstos ya nos vieron la cara de tarugos—, explotó Villa con el rostro encendido de coraje. Y continuó diciendo: —Compadrito: A estos hijos de su retznada madre más les valía no haber nacido. ¿Se imagina cómo nos hubiera ido en combate?

—Tranquilo, compadre— respondió Ángeles. —Ahora mismo me informo dónde pueden estar. Petra andaba de coscolina con Zenaido; voy a decirle que lo busque porque queremos ha-

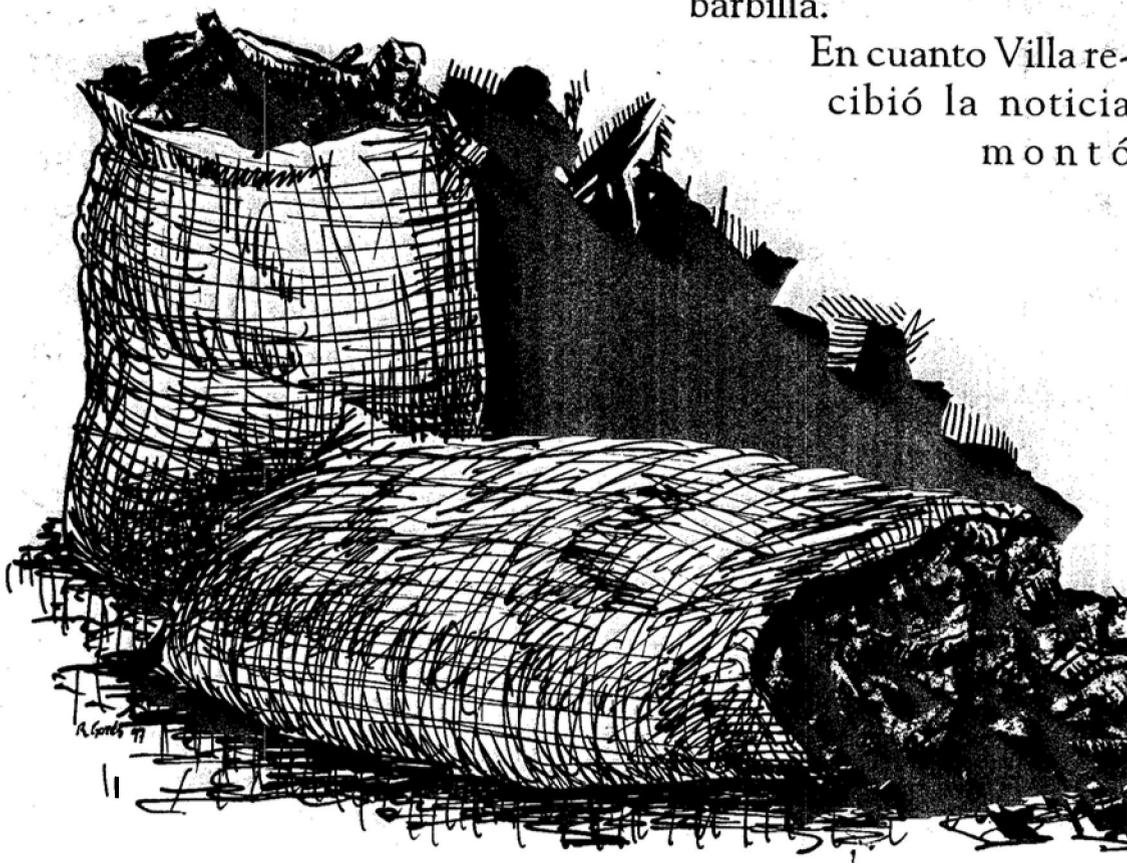
cerle otro pedido.

Felipe Ángeles fue adonde las mujeres se reunían para preparar la comida, encontrándose con Petra. Con toda tranquilidad le preguntó por Zenaido y la razón por la que quería verlo. Petra era una mujer atractiva: alta, con unos ojos y un cabello negros como el azabache y unas trenzas que eran la envidia de todas; miró al general con aquellos ojos pizpiretos y sonrisa coqueta.

—Crioque se fue pa Lerdo, con el tal Maximino.

—Gracias, chula—, le agradeció el General acariciándole la barbilla.

En cuanto Villa recibió la noticia  
montó



en su caballo. Felipe Ángeles le ofreció acompañarlo, pero Villa rechazó la oferta:

—No compadrito, a estos me los echo yo solo.

Enfiló rumbo a Lerdo. A la entrada, ya de madrugada, encontró a un carbonero y con aquella mente perspicaz, Villa lo detuvo y le propuso un trato:

—Mira muchachito: cuídame el caballo hasta que regrese; tú me prestas tu burro, tu sombrero y el jorongo, y te ganas estas monedas de oro.

Cuando vio el brillo del precioso metal, el joven carbonero no tardó un momento en aceptar. Así disfrazado Villa entró a Lerdo anunciando su carga. Aunque era muy de madrugada, algunas mujeres salieron a comprar el carbón al oír el anuncio. Villa despachaba con toda naturalidad. De pronto sus ojos se clavaron en el único hombre que salió: nada menos que Zenaido.

Villa no daba crédito a lo que veía. Zenaido se acercó adormilado, bostezando. Villa, procurando no levantar la cara —cubierta con el ala del sombrero— siguió despachando a las mujeres ahí reunidas. Cuando le tocó el turno a Zenaido, Villa levantó el rostro y con sus fuertes manos lo tomó del cuello.

El hombre miró al carbonero, reconociendo de inmediato a Villa.

—Quieto, muchachito... Orita mismo me vas a regresar mi dinero, jijo de...

—Sí mi general, lo que



usté quiera, pero por favorcito no me mate... ¡Tengo mujer y un hijo! Tenga piedá... Vamos pa la casa... ay tengo el dinero.

Entraron. Villa vio una mujer amamantando a una criatura; cuando ella lo advirtió se puso a temblar de miedo. Zenaido señaló con el índice donde había enterrado el dinero.

—Si quiere orita mesmo lo desentierro Jefe...

— Sí, pero primero me vas a decir pa onde ganó Maximino.

—Vive en la casa colorada que está yendo pal oriente.

—Ora sí... arrodílese ay.

—No, mi General, ¡qué va usté hacer? ¡Perdóneme! ¡No quero dejar a mi vieja ni a mi chilpayate!

—¡Sabe que me dan asco los cobardes? ¡Y usté además de cobarde es traidor!— Y sin ninguna compasión Villa le disparó.

La mujer se abrazó del cadáver de su marido; Villa al verla llorando le dijo:

—No me gusta ver llorar a las mujeres, así que pa que no sufra, le va hacer compañía.

Y ahí quedaron los dos cuerpos sobre un charco de sangre. Villa miró al recién nacido con compasión y dijo:

—Ni modo muchachito: tu padre te dejó huérfano. Ojalá que cuando crezcas nunca sepas que tu padre fue un traidor.

Partió de inmediato rumbo a la casa colorada y llamó a la puerta. En cuanto quitaron la tranca de la puerta Villa irrumpió violentamente. En un rincón estaba Maximino Cuevas acostado. De un jalón Villa lo sacó de la cama, y echando lumbre por los ojos le dijo:

—Hasta que te encontré desgraciado. Ora mismo me vas a decir onde tienes el oro que me robaste. ¡Órale, que no tengo tiempo!

Maximino levantó su brazo tembloroso señalando a la troje.

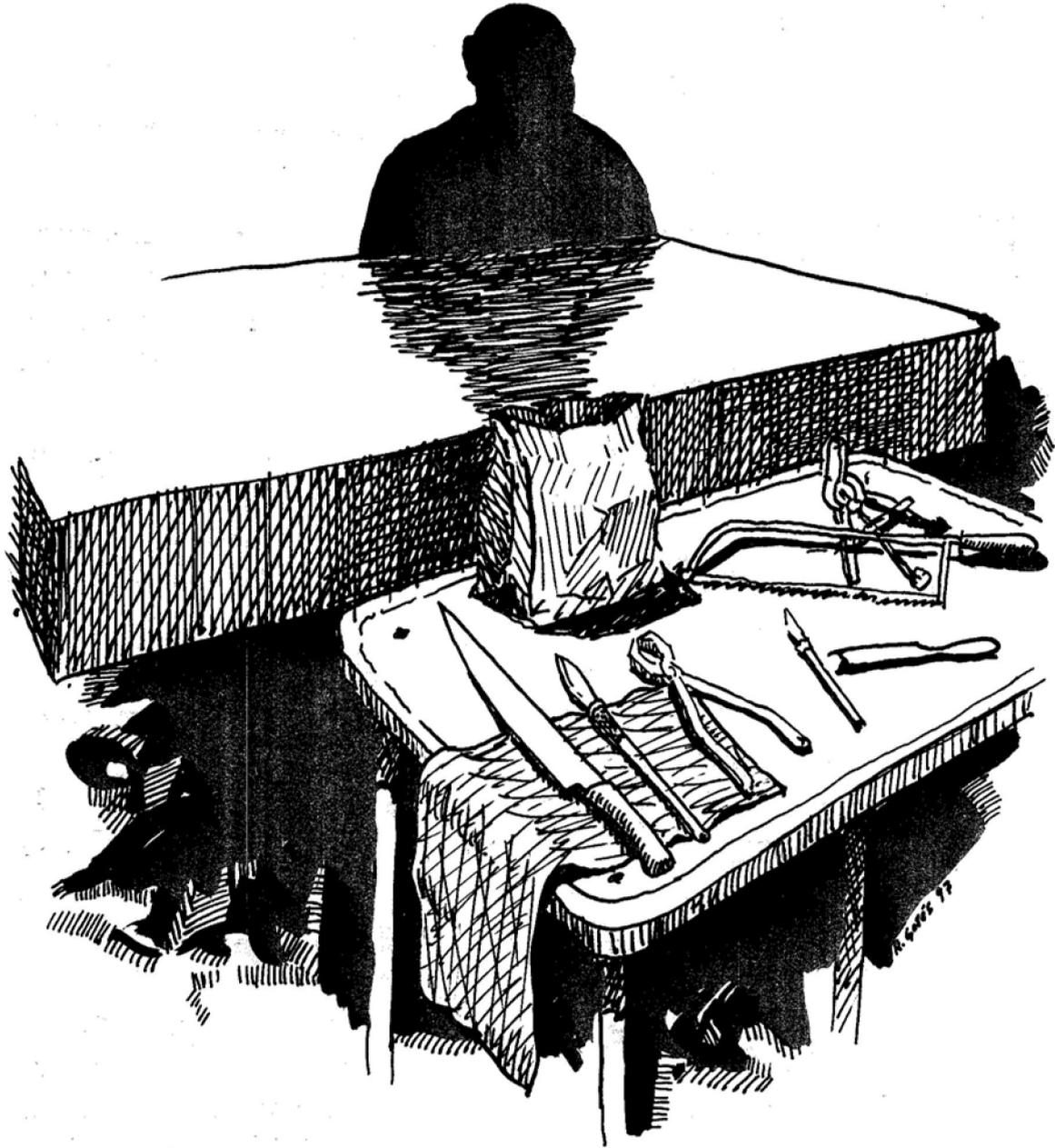
— Ahí mi General, junto al cocedor...

En cuanto recibió el informe de donde estaba el oro, Villa disparó dejándolo muerto; salió precipitadamente, mientras se escuchaban los cascos de los caballos de militares que iban a investigar los disparos. Afuera Villa encontró un hombre a caballo y lo tumbó de un jalón.

—Lo siento amigo, pero necesito su caballo. Lueguito se lo devuelvo.

Clavó las espuelas y salió a todo galope escapando de los militares. Los años pasaron, Villa no tuvo tiempo de recoger el oro pero el secreto de dónde está enterrado se fue con Zenaido y Maximino.

RECOPILADOR: GUILLERMINA LANDEROS DE FROST



## MERE

**G**ORDO, DE ASPECTO SINIESTRO Y cuchillo en mano, abría el pecho de un hombre sin que asomara el menor gesto de piedad ni de cualquier clase de emoción; al contrario, más bien parecía orgulloso de lo que hacía, como en realidad así era.

Para Mere aquello era cotidiano: abrir cadáveres. Acostumbrado a la fetidez de la sangre descompuesta, todo el ambiente mortuario era familiar para él. Mere abría los cadáveres para las autopsias, obviamente acompañado del médico legista al que se dirigía preguntándole:

—Doctor, ¿quiere que le enseñe los *istentinos* o la *visícula*?

Cuando la necropsia terminaba, Mere enjuagaba superficialmente sus manos y las secaba en los costados de su pantalón, bastante sucio. Sacaba de una bolsa de papel un pan relleno de frijoles con huevo, y masticando con la boca llena mostraba su rala dentadura. Muy cortés ofrecía compartir sus alimentos con los presentes, estudiantes de medicina o de enfermería, pero su invitación siempre era declinada.

Corría 1947. El anfiteatro estaba en la esquina poniente del Hospital Civil de Torreón, por la avenida Juárez —entre las calles 10 y 11—. Parecía que Hermenegildo Chávez, el legendario Mere, formaba parte del inventario del Hospital. Nadie sabe cómo

o cuándo llegó. Su lugar de trabajo era un tejaban de madera, del que por las rendijas asomaban los curiosos y los temerosos chiquillos. Sobre una loza de mármol —tal vez de granito— irrespetuosamente se apilaban los cadáveres; después flotarían en unas cubas con formol disuelto en agua, tras haber servido en la enseñanza de los médicos y enfermeras en ciernes. Aquel lugar parecía salido de una de las infernales escenas de Dante. El hedor quitaba el apetito a cualquiera durante días, y a los novatos les era imposible contener la náusea. Muchos de ellos llegaron a no comer carne durante mucho tiempo.

Mere, mozo de anfiteatro, era un misterio. Nadie sabía de su origen, ni quién lo contrató, ni cómo se hizo del oficio; ni siquiera se sabía dónde vivía. Era un hombre solitario que caminaba difícilmente, debido a su obesidad y su artritis. Cuando los médicos daban las explicaciones a los alumnos frente al cadáver, Mere escuchaba con mucha atención, como si entendiera todos los tecnicismos propios de la medicina; incluso, con gesto adusto, algunas veces aprobaba con movimientos de cabeza las doctas explicaciones de la cátedra. Tenía Mere doble personalidad: de día era pacífico y taciturno; de noche enloquecía por su adicción al alcohol. Muchas veces causó el pánico en algunos noctámbulos, cuando ebrio, salió cuchillo en mano. Mere no bebía solo: tenía un infortunado sujeto como compañero a quien en el medio hospitalario únicamente se le conocía como Lupillo, más o menos de medio siglo, la misma edad de Mere.

Lupillo caminaba encorvado; de piel morena, su estrabismo le daba un aspecto muy singular. Soñaba con ser policía y orgullosamente se calaba un kepi, de la más dudosa procedencia. Para completar el orgullo, Mere lo presentaba como su ayudante.

Los estudiantes le temían a Lupillo, pero a la vez sentían cierta simpatía por él.

De vez en cuando algún médico residente jugaba a las damas chinas con Mere. Por su parte él veía a los estudiantes con orgullo, y más a los ya graduados o que estaban en sus últimos meses de estudio. Tenía a flor de labio la anécdota tenebrosa después de tantos años en aquel macabro oficio: el muerto que se enderezó; otro que le dio tremendo manotazo y quien en pago recibió una puñalada en el pecho para iniciar la autopsia; o el otro cadáver que le guiñó un ojo. Se decía que Mere tenía una perversión sexual llamada necrofilia, por supuesto siempre negada por él. Sin embargo, algunas veces lo encontraron temprano en la mañana acostado y desnudo sobre la plancha, junto a algún cadáver femenino. Cuando le recriminaban su actitud, se disculpaba diciendo que eran «puntadas de borracho». Sobre este asunto sucedió el caso muy sonado de una conocida señorita —muerta trágicamente—, siendo Mere descubierto con el cuerpo de ella en repugnante unión. A partir de entonces fue urdiéndose una serie de comentarios sobre el comportamiento de Mere, que terminaron en leyenda.

Años más tarde le fue amputada una pierna debido a un proceso degenerativo, obligándolo a dejar el único trabajo que sabía desempeñar. Después la otra pierna corrió igual suerte. Quedó unido a una silla de ruedas empujada por un jovencito que decían era su hijo, quien presentaba un claro retraso mental. Nada más se supo de Mere, ni dónde vivía, ni cuándo murió, ni siquiera dónde fue enterrado. Hay quienes aseguran que aún se escuchan sus inconfundibles pisadas y su risa.

RECOPILADOR: MANUEL ESTRADA QUEZADA



## JULIO CAJITAS

UN HOMBRE QUE NACIÓ DÉBIL mental. Una tara como esa hace de miles de personas unos verdaderos inválidos, pero ello no sucedió al pintoresco *Julio Cajitas*. Toda la Región Lagunera conoció o ha oído hablar del famoso personaje, que recorría ciudades y ranchos con aquel aspecto miserable: descalzo, el pelo erizado (alguien caritativo a veces lo rapaba), los dientes escasos... y los que tenía, mal colocados; chaparrito, con camisa y pantalón que eran verdaderos harapos.

Su *modus vivendi* era el canto. Parado en las esquinas dejaba escuchar aquello que semejaba una voz, marcando el ritmo con cajitas o con botes conteniendo guijarros.

No hay mucho que escribir, pero sí mucho que decir: A pesar de su incapacidad cerebral mantuvo a su madre hasta que ella murió. Julio Cajitas quedó completamente solo en el mundo: una piltrafa que a todos divertía. Con su inocencia perenne reía y era feliz, haciendo felices a los demás.

Julio Cajitas, una leyenda... y un ejemplo de responsabilidad.

RECOPILADOR: GERARDO ROBLES SILVA



## UN CUENTO VERDADERO

**E**STA HISTORIA TUVO LUGAR HACE más de veinte años en la región de Mapimí, Dgo., siendo don Miguel Flores administrador de los ranchos Santa Anita, Guadalupe y La Zarca.

Un lunes de febrero don Miguel se despidió de su esposa para dirigirse a su trabajo en los ranchos; ese día, por algunos imprevistos, no pudo salir temprano —como era su costumbre—. Ya había caído la tarde cuando salió de Lerdo rumbo a Santa Anita. Estaba nublado y una fría llovizna calaba hasta los huesos. Manejaba tranquilamente su vieja camioneta a una velocidad que no superaba los 60 kilómetros por hora. Adelante de Mapimí, a la altura del panteón de El Puerto de la Cadena, le pareció ver a una mujer.

Conforme se fue acercando don Miguel sentía más frío. La mujer era de complexión delgada y aparentemente de edad avanzada. Hombre servicial, detuvo su vehículo donde aquella persona estaba parada;ladeó su cuerpo para abrirle la puerta y ofrecerse a llevarla, pero antes de tocar la manija la portezuela se abrió sin que la mujer hubiera hecho nada por ello. Eso le pareció bastante raro a don Miguel. Ella subió a la cabina de la camioneta de una manera tan suave que parecía flotar en el aire. Vestía de negro y en la cabeza portaba una gasa del mismo color.

En la penumbra don Miguel notó que las manos de la mujer eran casi las de un esqueleto. A pesar de ser un hombre centrado y maduro, el miedo comenzó a invadirlo. Con voz trémula le preguntó hacia dónde iba. Ella, con voz suave pero tenebrosa, le contestó lacónicamente:

—A La Cadena.

Del lugar donde recogió a la mujer, al poblado, la distancia no llega a diez kilómetros. Arrancó y pisó el acelerador tratando de llegar lo más pronto posible, pero aquel tramo se prolongó como si fuera el más largo de su vida. La mujer iba sentada a su lado derecho, muy cerca de la puerta; sin embargo, le parecía sentirla muy junto a él. Al llegar al entronque la mujer le hizo una seña con la mano, indicándole que ahí bajaba. Don Miguel vio la mano y la sangre se le heló; no había duda: aquella mano era la de un esqueleto. No se atrevió a verle la cara. La mujer bajó de la misma forma en que subió: flotando. Y así se retiró, cruzando a través de arbustos y mezquites.

Don Miguel aceleró. Su cuerpo temblaba de miedo. Los vaqueros tenían ensillados los caballos para ir en su busca, pues nunca llegaba tarde y estaban preocupados. Al verlo le preguntaron si algo le sucedía, ya que lucía demacrado y sumamente pálido; él dijo que no y se fue a su cuarto. Sólo después de varios días platicó lo sucedido. También supo que don Juventino, capataz de un rancho, contaba que en Rodeo, Dgo., a los hermanos Antúnez se les había aparecido la muerte. La descripción que dieron coincidía exactamente con la de la mujer que don Miguel llevó en su camioneta a La Cadena. De los hermanos Antúnez uno murió a los pocos días a causa de la impresión sufrida; el otro quedó trastornado de sus facultades mentales. ¿Coincidencia? ¿Realmente

existen los fantasmas, las almas en pena? ¿Puede el diablo o la muerte presentarse así? Quién sabe. Pero en lo que a mí toca, espero no comprobarlo nunca.

*RECOPILADOR: MIGUEL ALMONTE FLORES*



A. GORDON '99

## DE PASEO CON EL DIABLO

**L**A HISTORIA QUE VOY A contar tuvo lugar hace ya muchos años. Se cuenta que Ponciano, cuando joven, gustaba mucho del vino y las mujeres. Y tanto era su delirio, que con tal de conseguir medios para satisfacer sus necesidades una noche pidió con mucha vehemencia al Diablo que lo hiciera muy rico, y así poder darse la gran vida. Pero de nada sirvieron sus ruegos, ya que la noche siguió tibia y callada, y nada denotó que su pretensión fuera escuchada.

No se sabe a ciencia cierta si luego continuó Ponciano con aquella imploración; los años pasaron llevándose los ímpetus del personaje, que ya ni recordaba su temeraria solicitud. Después se dedicó a cuidar la máquina trilladora de un ejido, en cuyas tierras se quedaba después de laborar.

Sucedió que una noche oscura y fría, tan fría que había de tener encendida una fogata para calentarse y tan oscura como las fauces de un lobo, Ponciano cabeceaba adormilado, cuando de pronto escuchó un susurro que como traído por el viento, suavemente lo llamaba por su nombre. Éste se incorporó sobresaltado, buscando a quien le hablaba en medio de esa tenebrosa negrura; a lo lejos sólo se escuchaba el aullido de los coyotes y el triste canto de los grillos. De repente, entre la escasa luz que daba la empequeñecida fogata y como salido de la nada, apareció fren-

te a él un jinete ataviado con elegante traje de charro y montado en un brioso corcel negro, tan negro como la misma noche que le cubría. Ponciano miraba claramente la espectral figura, y aunque el débil resplandor de la hoguera le daba al visitante casi de frente, por más esfuerzos que hacía no lograba descubrir su rostro bajo el ala del sombrero. Era como si una espesa y densa niebla le velara la cara.

Estaba a punto de convencerse de que aquello sólo era un mal sueño o visión forjada por las sombras de la noche, cuando justo de esa figura sin rostro y con destellos de plata —por los adornos de su traje—, surgió una voz clara y fuerte que le dijo:

—Ponciano, amigo... ¿Recuerdas cuando me llamaste? Entonces me encontraba lejos y no pude acudir a tus reclamos, pero ahora aquí me tienes.

Haciendo gala de una gran sangre fría, Ponciano le respondió calmadamente:

—No, pos ya no te necesito. Cuando te hablaba era yo joven y por eso te buscaba; ora que ya estoy viejo, pos ya pa qué.

El elegante jinete, que a cualquiera hubiera puesto la carne de gallina, le replicó:

—Bueno, no importa. Pero de cualquier manera puedo darte algo: súbete a mi caballo y vamos a dar una vuelta. Nomás te pido una cosa: cierra los ojos y no los abras hasta que yo te indique.

Ponciano no dudó mucho, tal vez deseoso de una aventura o porque estaba como hipnotizado por aquella gallarda y misteriosa aparición. Se subió al caballo, cerró los ojos y sintió que arrancaron. Pero, cosa extraña, no escuchó el galopar del equino; sólo un viento helado le golpeaba el rostro. Este mismo aire le desprendió el sombrero, que dando varios giros fue a dar entre los

mezquites que iban quedando atrás.

Ya no había tiempo para arrepentirse, y así sin saber qué rumbo tomaban, continuaron su macabro viaje. Sin medir tiempo ni distancia Ponciano sintió que llegaron, porque cesó el viento y una fuerza desconocida lo bajó del caballo. Abrió los ojos y miró a su alrededor; el charro, con todo y su cabalgadura, había desaparecido. Se encontraba solo, en medio de una gran cueva arreglada como si fuera cantina: con las paredes cubiertas por espejos y luces fulgurantes; un sonido estridente llenaba todos los rincones, mientras hermosas mujeres con exceso de maquillaje y ligeras ropas se paseaban insinuantes entre las mesas, ocupadas casi en su totalidad por hombres cuyos rostros reflejaban una gran tristeza y soledad.

Al asustado Ponciano la aventura no le estaba gustando, y se sentía cada vez más arrepentido de su osadía; tembloroso y con la garganta seca, no podía ni articular palabra. Se le ocurrió que un trago le ayudaría a calmar su creciente miedo; caminó tambaleante a la bien surtida barra que sobresalía a un costado del salón. El cantinero, de ojos inexpresivos y rostro pálido se le acercó; dibujando una sonrisa que más bien era una muñeca, le dijo con cavernosa voz:

—Ponciano: si tomas algo te quedas para siempre; si no, este es el momento que te vayas.

Aterrado, Ponciano no pudo ni moverse. Tenía los pies pesados como un plomo, y para colmo, al volverse con toda lentitud, vio en la pista de baile a unas comadres danzando desenfrenadamente, sólo que estas comadres tenían ya mucho tiempo de fallecidas. Al fijar más detenidamente su mirada en ellas, Ponciano vio cómo comenzaron a transformarse: una adquirió rasgos de

sapo y a la otra le sobresalieron por debajo del largo vestido unas horrendas patas de gallina. Cuando advirtieron su presencia se le acercaron, mostrando su desdentada sonrisa mientras decían:

—¡Qué, compadre..! ¡Ora ya le tocó a usted!

Aquello fue más de lo permitido por sus fuerzas, y sin saber más de sí mismo cayó desmayado. Por la mañana sus compañeros, al no encontrarlo en la máquina, como era costumbre, se alarmaron y corrieron a buscarlo por los alrededores, temiendo que algo malo le hubiera pasado. No muy lejos encontraron su sombrero, y mucho más adelante descubrieron a un inconsciente Ponciano que murmuraba frases incoherentes, con las ropas llenas de polvo y espinas, y señas de haber sido arrastrado por el pedregoso camino.

Con el tiempo, cuando recuperó el habla —aunque con sus facultades mentales menoscabadas— el mismo Ponciano contó su escalofriante aventura.

Lo que aquí se relata sucedió en las cercanías de Tlahualilo, en un misterioso lugar que llaman «La Tajada». Pero de la cueva visitada por Ponciano, y del lugar en que se ubica nunca más se supo nada, ni tampoco nadie se ha atrevido a averiguarlo.

RECOPILADOR: FRANCISCA ESPARZA NEGRETE

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	V
PRÓLOGO .....	VII
INTRODUCCIÓN .....	IX
EL DIABLO VOLVIÓ A CUMPLIARSE .....	13
¿VUELA EL ALMA AL CIELO? .....	17
EL FANTASMA DEL 11-40 .....	23
ÁNGEL DE BONDAD .....	27
LA CUEVA ENCANTADA.....	31
EL FANTASMA DEL CURRO .....	35
LOS PERROS CAMINO A LA POLVORERA .....	39
LA IGLESIA Y LAS DOCE CAMPANADAS .....	43
JESÚS SOLÍS «EL CIEGO» .....	47
LA CUBANA .....	51
LA MUJER BLANCA Y EL TESORO.....	55
EL TESORO DE BENJAMÍN ARGUMEDO .....	59
LA DAMA DE LA MEDIA NOCHE.....	63
EL ORO CHINO .....	67
EL AVE GIGANTE DE BARACALDO .....	71
EL CALLEJÓN DEL DIABLO .....	77
EL GARROTERO DEL PUENTE NEGRO .....	81
EL CURRO DE SAN MIGUEL .....	85
SIR WAITRON.....	89
LA MUERTE DE LOS TRAIADORES .....	95
MERE .....	101
JULIO CAJITAS .....	105
UN CUENTO VERDADERO .....	107
DE PASEO CON EL DIABLO .....	111

*Habla el Desierto Leyendas de la Laguna,*  
editado por **El Siglo de Torreón**  
se terminó de imprimir en  
marzo de 1997 en los talleres de  
Editora Laguna, S. A. de C. V.  
Herschel 73,  
Col. Nueva Anzures, México, D. F.  
La edición consta de 1000 ejemplares,  
más sobrantes para reposición.



Cuevas encantadas, diablos traviesos, mujeres misteriosas, tesoros escondidos, muertos que no quieren irse...

El desierto nos cuenta sus leyendas que han sido transmitidas de voz en voz, de casa en casa; relatos que caminan al lado de la historia y que conforman la cultura de una comunidad.

**El Siglo de Torreón** recopila en este libro algunas de las historias participantes en el Primer Concurso Regional de Leyendas celebrado en la ciudad de Torreón, en 1995, aportando así un valioso documento para la preservación de la cultura popular de nuestra región.

En este libro, *Habla el Desierto* a través de tantas voces que durante años nos han legado la magia de una leyenda.